

# La Ilustración Artística

Año XXIII

← BARCELONA 22 DE AGOSTO DE 1904 →

Núm. 1.182

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. (París, 1904.)

## MUJERES DE PLOUGASTEL-DAOULAS

EN LA ROMERÍA DE SAINTE-ANNE-LA-PALUD,  
CUADRO DE C. COTTET

El autor de este cuadro, á quien con razón se califica de pintor de la vieja Armórica, nos transporta al corazón de su región predilecta. Para su hermoso lienzo ha escogido la hora del mediodía, esa hora brutal y cruda que en las mañanas sin nubes,

por otra parte muy raras en aquel país, transforma la Bretaña en una verdadera comarca de Oriente. Es un día excepcional, día de gran fiesta, puesto que en él se celebra la famosa romería al venerado santuario de Sainte-Anne-la-Palud: á la melancolía de los días ordinarios sucede la alegría franca, algo chillona, pero soberbiamente poética, que rompe por un momento el ordinario silencio y llena de regocijo los corazones. La romería ha terminado y los romeros forman animados grupos que dan buena cuenta de las vituallas que cada cual ha llevado consigo.

A los acres y vivificantes perfumes de la landa se mezclan el áspero olor de la sidra que á raudales corre debajo de las tiendas y que enardece las cabezas. Separadas del bullicio, forman el primer término del cuadro esas cinco bretonas, tocadas con sus blancas cofias y vestidas con los pintorescos trajes regionales, bellos ejemplares de una raza fuerte, indómita, que resistiendo los embates de los siglos, conserva como legado precioso las creencias, la lengua, los usos y las costumbres que heredara de sus mayores.



MUJERES DE PLOUGASTEL-DAOULAS EN LA ROMERÍA DE SAINTE-ANNE-LA-PALUD,

cuadro de C. Cottet

## ADVERTENCIAS

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie del año 1904, que será VALENTINA, preciosa novela inglesa de E. C. Price, con ilustraciones hechas ex profeso para nuestra edición española por el reputado artista D. Arcadio Mas y Fondevila.

Terminando en el presente número la novela MISIA JEROMITA, en el próximo comenzaremos la publicación de la interesantísima de Pablo Bertnay LA ZARZALERA, con ilustraciones de Simont.

## SUMARIO

**Texto.**— *Mujeres de Plougastel-Daoulas* en la romería de Sainte-Anne-la-Palud. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Los Osunas*, por J. G. Abascal. — *El balneario de Fuente Olivares*, por Nicolás Rostovof. — *Estío. Otoño, cuadros de José M. Marqués.* — *El poema del año. Agosto, dibujo de Giacomelli.* — *Crónica de la guerra ruso-japonesa.* — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Misia Jeromita*, novela ilustrada (conclusión). — Libros recibidos.

**Grabados.**— *Mujeres de Plougastel-Daoulas* en la romería de Sainte-Anne-la-Palud, cuadro de C. Cottet. — *El duque don Pedro de Alcántara.* — *El duque D. Mariano.* — *El marqués de Javalquinto, príncipe de Anglona.* — *D. Luis Téllez Girón, duque actual de Osuna.* — *Carlos III*, busto en bronce, obra de Juan Pascual de Mena. — *El poema del año Agosto*, dibujo de Giacomelli. — *Estío Otoño*, cuadros de José M. Marqués. — *Guerra ruso-japonesa. Transportes japoneses haciendo carbón y tomando carga en el puerto de Shimonoséki*, dibujo de Melton Prior. — *Prisioneros rusos en un templo budista de Matzuyama (Japón)*, dibujo de Koekkoek. — *La artillería japonesa en la Mandchuria. Subiendo una cuesta empinada.* — *Batería de montaña.* — *Bajando una pendiente.* — *Artillería en acción*, dibujos de C. Clark. — *M. Waldeck Rousseau.* — *Monumento de Hahnemann en Washington*, obra de C. H. Niehaus. — *Interior*, cuadro de José Triadó.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayer, en una corrida de toros, yo notaba que este espectáculo, cuyo atractivo parece demostrado hasta la saciedad, es realmente uno de los que más fatigan, no ya a la parte escogida del público, sino a la más burda, a los fanáticos del tendido, a los que por no perderlo empeñan el colchón y serían capaces de vender la camisa. Y este sentimiento especial de enervamiento, de hartura, de saturación pronta, lo revela el hecho de que toda corrida que se prolonga, todo lance de la lidia que no es rápido, altera a los espectadores, encalabrina su sistema nervioso. La pesadez, en los toros, es el mayor de los errores y se castiga con grita implacable. Al bicho que embiste pronto, al lidiador que deja rápidamente el par de banderillas ó el estoque, se le agradece como si nos dispensase favor especial. Este drama es de acción, y las digresiones, en él, no se toleran. ¡Al avío!

Eran Mazzantini y *Lagartijo minor*, *Lagartijo* no sé cuántos, porque me pierdo en esta dinastía. Un mocete cetrino, ojinegro, suelto y eléctrico de movimientos como el lagartijo verdoso y menudo que reptaba al sol entre las piedras secas y calientes. En el tronco delgado, huesoso, pero bien puesto, del torerillo, hay una vida intensa, un vigor concentrado, diferente de las rudezas y materialidades del atletismo, el vigor ágil del celibero, su desprecio del peligro, su temeridad serena. El *niño*—así llaman a estos mozos que en el toreo principian a despuntar—juega y culebrea por entre las astas, como si no viese en ellas el horror de la muerte, sino la embriaguez ligera, espumante, de la traviesa burla. Hay en el toreo de este muchacho la alegría imprevista, libre aún del peso del destino, que los primeros años de la existencia y de la carrera imprimen a la labor del artista. Sus movimientos para evitar la embestida ó para provocarla son elásticamente felices. Su cuerpo va adonde debe ir, impulsado por corrientes de vida nerviosa, en estricta correspondencia, instintiva, con la voluntad. Esquiva y busca; retoza graciosamente, ó se planta tranquilo, aplomado, cuando advina que la fiera no está dispuesta a arremeter. Hay entre él y la fiera armonía, unidad de combate. Y el público, encantado de la viveza, aplaude, con el presentimiento obscuro de que un día gritará de terror, cuando el lagartijo rápido sea alzado en el sangriento pitón ardiente...

Y allí estaban, formando contraste violento, Mazzantini con su corpulencia de titán, su fuerza hercúlea, que le permite sujetar y colear un largo minuto a un toro, sin que el animal consiga desprenderse de la tenaza de aquellas manos anchas, bien cuidadas, y el menudo y delgado torerillo, deslizándose ó parándose en seco, con el donaire de una mulilla joven, antes de que la carga y el laboreo le hayan robado el esplendor de su energía salvaje.

En este que no llamaré rincón, pues ese nombre envuelve algo de minorativo, pero sí extremo de España, tenemos la satisfacción de haber visto realizada la primer Colonia Escolar *mixta* de vacaciones. Has-

ta el día, las Colonias Escolares se componían sólo de niños (hablo de España; supongo que en el extranjero está planteado hace años el sistema mixto).

No concibo obra benéfica que no sea mixta (sien-do genérica, se entiende, como esta de las Colonias Escolares). Tratándose de evitar, en sus orígenes, la depauperación de la raza, dando a las criaturas aire, juego, cultura y hábitos de higiene y aseo, acaso se debiera haber principiado por la mujer, de la cual la raza se forma, y que ya sufre tanta injusta exclusión en otros terrenos, en infinitas relaciones de la vida. Difícilmente se concibe, pero tal es la fuerza de las preocupaciones hereditarias, que acaso los iniciadores de esta obra profundamente social y humana no pensaron al pronto en hacerla extensiva a la mujer. Los niños, cosa convenida, veraneaban; las niñas, no. Aquí, en Marinada de Cantabria, hemos sido los primeros, y es natural que de ello estemos algo envanecidos. Diez y seis niñas respiran ya al borde del mar, en una casita de campo, frente a la azul playa de la Lagoa, bajo la dirección de dos profesoras. Son chiquillas pobres, sorteadas entre las de las escuelas municipales. Su edad es esa en que un benéfico impulso dado al organismo puede hacer de una desequilibrada una hembra fuerte y sana, preparada para las fatigas de la maternidad y para la lucha económica. Corto es el plazo del veraneo; en esto, como en todo, se debe aspirar a mayor resultado; en vez de un mes, quisiéramos hacerlas veranear un trimestre, y aplazamos la extensión de la obra para cuando los recursos sean mayores; pero la temporadita que ya aprovechan puede hacerles incalculable beneficio. Es un mes de oro, de oxigenación, de comida sana, de ejercicio y juego, de educación moral. No será perdido.

Son niñas de nueve a trece años, de sangre empobrecida, de huesos menudos, frágiles. En sus ojos, en su tez, en sus formas, hay señales inequívocas que delatan el estrago de la miseria continua, laboriosamente sufrida, de las clases humildes. No han tendido la mano en la calle, pero no han tenido todos los días en abundancia el pan. No han vestido harapos que dejen ver sus carnes, pero han aprovechado hasta el zurcido y la transparencia la ropita usada por los hermanos mayores ó la madre. Son necesitadas, no son mendigas. Van a la escuela, y esto sólo las sitúa en la vida normal, las prepara al trabajo. Pero para el trabajo se ha menester salud y cierta instrucción. Ya una obrera la necesita también.

Algunas de estas criaturas muestran los estigmas de la escrofulosis. Hay una que se arrastra con muleta sobre una pierna, encogida para siempre la compañera por la coxalgia. Otra ha sentido crecer, en uno de sus hermosos ojos azules, algo triste, la mancha blanca, como de vidrio cuajado, que lo privará de vista. Sin embargo, las dos muchachas, al verse en el campo, se llenaron de gozo, y se dieron a correr—la cojita igual que las demás—por las calles enarenadas, por el parque, al través del bosque de castaños. El bullicio de su sangre joven se despertaba al estímulo del verano y de la naturaleza. El día en que se logre proporcionarles tres meses de vacaciones escolares, el problema de su vida venidera se habrá resuelto en parte: tendrán vigor y aptitudes.

A fin de allegar recursos para esta Colonia Escolar de vacaciones de Marinada, que no tiene casa propia y debe tenerla, que hace veranear a dieciséis niñas y debe hacer veranear a cien, por lo corto (pues en la Coruña la tuberculosis hace estragos en las clases pobres, y la tuberculosis se prepara en la niñez); á fin, digo, de arbitrar fondos con tal objeto, organicé, secundada por todo el mundo, y en especial por las damas y las señoritas, que no han podido mostrarse más explícitamente favorables a la idea, y auxiliada por la infatigable actividad del cónsul argentino D. Manuel Olmos, una serie de festejos, alegres, animados, agradables, porque en las campañas de beneficencia hay que aplicar a menudo la enseñanza que contienen unos versos de Tasso:

*«Così allegro fanciul porgiamo asperso  
di soave licor gl'i orli del vaso;  
succhi amari ingannato intanto ei bebe,  
e dal inganno suo vita riceve.»*

Envuelta en el dulce licor del recreo viene la tónica bebida del bien realizado, el cual no debe practicarse con tristeza y murria, sino con expansivo buen humor, con esa alacridad de espíritu que hermosea la vida interior, cuando llenamos la exterior de algo, de acciones.

Los festejos de Beneficencia, en este culto pueblo (uno de los más cultos de España), están siendo recibidos de contento, derroche de dinero gastado con rumbo y discreción, señal de lo que puede y vale esto de que una ciudad esté conforme en un pensamiento y en un deseo, y sume sus fuerzas.

Los festejos de Beneficencia han sido tres: un gran

Baile de sociedad, una Kermesse al aire libre, y un Baile infantil al aire libre también, con premios de muñecas y caballos para el niño más bonito. El baile ha sido brillante, elegante, escogidísimo, lleno de *toilettes*, de señorío, de flores, de joyas, con un cotillón de sesenta parejas, regalo del comercio de esta plaza, y que sólo puedo comparar, por lo rico y abundante en figuras, a los mejores cotillones de las casas más cogotudas de Madrid.

Celebraría que algún erudito me diese una conferencia sobre el origen del *cotillón*, porque confieso que no sé palabra de esta monería salonista, ni sospecho cómo empezó a ocurrirsele a la humanidad eso de bailar agitando panderetas ó tocando trompetas de cartón. Y ello es que un baile sin cotillón es cosa insípida; que todos esos moñitos de papel picado, esas varas doradas donde tintinean leves cascabeles y frufutean cintas vaporosas, esos picudos gorros cómicos, que desfigurán a los bailarines, entre carcajadas plateadas de las parejas, esas condecoraciones burlescas, esas narices de cartón, bulbosas, donde se enciende un foco eléctrico, esas bandas de colorines, rematadas en sonajas, llevan al paroxismo el arremolinado júbilo de los finales de baile, en que hay dejos de fiebre carnavalesca. El Carnaval, la nota fina de la locura, eso es, durante todo el año, el cotillón.

También en las Kermesses—en la envolvente y dulce insinuación de las vendedoras, en su gentil estrategia para «comprometer» a los adinerados y a aquellos sobre quienes sospechan que es imán su encanto juvenil,—hay la alegría maliciosa y picaresca del disfraz, el goce de la princesa vestida de aldeana, de la señorita que no tiene que trabajar y por un momento se transforma en traficante, despacha géneros, objetos, y arranca—como he visto en esta Kermesse marinada—cuatro libras inglesas, cuatro monedas de oro, por un cigarro puro.

Con sus bolsas de percal rameado, de floripones, con sus lazos rosa sobre el pecho, con sus trajes veraniegos, de batistas y organdies, sus pamelas inmensas, eran las vendedoras una especie de ejército de la juventud, de la felicidad, de la radiante animación, en contraste con ese otro «Ejército de salvación» londinense, cuya buena intención y cuyos merecimientos no niego, pero cuyas trazas son de los más tétrico y antiestético que cabe imaginar.

Hay dos ó tres (acaso muchas más) observaciones curiosas que hacer respecto a ciertas tendencias del espíritu que desarrolla esta guerra económica declarada por las hijas de los ricos al bolsillo de los ricos, en favor de los hijos de los pobres.

Es una de ellas que el saqueado experimenta cierto placer, cierto orgullo, en haberse dejado saquear y lo demuestra comentando humorísticamente el saqueo, volviendo los bolsillos del revés, enseñando el portamonedas vacío, simulando terrores, fugas, desesperaciones que acaban en rendimientos; en suma, la mímica propia del caso, donde hay un fondo de delicadeza generosa y convencida de serlo.

Otra observación es que las Kermesses, excitando la imaginación y el instinto de tentar la suerte que hay en todos nosotros, que radica en el fondo de nuestro ser, atraen de un modo eficaz a la gente del pueblo, a los niños. La chiquillería nos dió un contingente importante; los chicos acudían como moscas a la miel, al cebo de la rifa. ¡Lo que habrían importunado en sus casas para conseguir las pesetas que jugaban con tanta conciencia! Ellos eran los que verdaderamente seguían, sin perder detalle, las peripecias del sorteo público. A cada vez que uno de ellos, elegido de entre los más chiquitos, metía la mano en la bolsa para extraer un número, las caras de los otros se paralizaban en una seriedad de emoción. Sus ojos, dilatados, sus oídos, aguzados, devoraban el número feliz. Y cuando a la expectación de alguno de estos precoces jugadores correspondía la realidad de un premio, ¡qué eléctrica sacudida, qué palidez repentina, qué manos trémulas de afán extendidas hacia el objeto!

A un chico de diez años le tocó un paraguas; un buen paraguas inglés, de montaje sólido, de seda recia, uno de los lotes más útiles. El chico asió el paraguas y se sintió grandecito ya, con la posesión de un artefacto que gastan los mayores, que tanto se estima en las familias, cuya pérdida constituye un pequeño conflicto doméstico.

Me intrigó el ulterior destino del paraguas. Quisiera yo que al rapaz le fuese lícito su disfrute. Todos hemos poseído nominalmente, de niños, alguna prenda ó juguete que nos ocultaban, que nos habían recogido, lo cual menguaba nuestra dignidad.

El chico que ganó el paraguas en la rifa creo que tampoco lo disfrutó. Ha debido, con respetuosa rabia, ofrecérselo... a su abuelo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LOS OSUNAS

En la edición del año anterior, 1903, ciento cuarenta de su publicación, da cabida el Almanaque Gótha á la filiación de la noble casa española de los Acuña Téllez Girón, conocida generalmente por la de los duques de Osuna.

Los datos los ha tomado el célebre anuario, que es autoridad en cuestiones genealógicas de las familias de reyes, príncipes y grandes señores de Europa, del tomo segundo de la *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española*, que está publicando el académico de la Historia D. Francisco Fernández



El duque D. Pedro de Alcántara

Bethancourt, y no hay que decir que son de una gran exactitud.

La casa feudal española y católica de los Acuña Téllez Girón remonta su filiación á Fernando I, señor de Acuña Alta, unido en su origen al infante don Pelayo Fruela, llamado el *Diácono* (1032), de la antigua casa real de León.

Tomaron el nombre de Téllez Girón á consecuencia del matrimonio de Martín Vázquez de Acuña, celebrado el año 1398, con doña Teresa Téllez Girón, última de la casa de su nombre.

La historia de esta ilustre casa está tan unida á la de España, que es la una resumen y compendio de la otra, y no es trazarla objeto de estas líneas, que se reducen á apreciar las figuras de los últimos Téllez



El duque D. Mariano, hermano y sucesor de D. Pedro

Girón, ó sea de los últimos Osunas, para apreciar el papel que desempeñaron en la crónica madrileña del Madrid del siglo XIX.

Como los últimos Osunas se considera generalmente á los duques D. Pedro Alcántara y D. Mariano, por más que á la muerte de éste heredó con legítimo derecho el insigne título su primo hermano el príncipe de Anglona, noveno marqués de Javalquinto, y hoy lo lleva el primogénito del undécimo duque de Uceda, joven de nobles prendas y de reconocido mérito.

El undécimo duque de Osuna D. Pedro Alcántara y el duodécimo su hermano D. Mariano nacieron del matrimonio de su padre D. Francisco de Borja Téllez Girón, que nació en Madrid el año 1785 y murió el 21 de marzo de 1820; con la condesa María Francisca de Beaufort-Spontin, que nació en París el 7 de marzo de 1785 y murió en Madrid el 28 de enero de 1830.

El duque D. Pedro Alcántara vino al mundo en Cádiz el 10 de septiembre de 1810.

Hombre de gallarda figura, de exquisita y distinguida elegancia, fué una de las notabilidades de su tiempo, y vivió con gran esplendor en su palacio de las Vistillas de Madrid, donde recibía á los más ilustres de la corte.

Fué de los primeros, si no el primero, que se presentó en Madrid guiando un tálburi arrastrado por vigoroso y gallardo caballo, y sus trenes, como todo lo que se refería á su traje, llamaban la atención por su exquisita elegancia.

Fernández de Córdoba consagró en sus *Memorias* un recuerdo á los banquetes que se celebraban en el palacio de Osuna.

Se celebraban el único día de la semana en que al duque dejaban libre los deberes sociales y de familia á que consagraba los demás, y asistían á ellos sus tres primos hermanos, hijos del príncipe de Anglona; el marqués de Santiago y su hermano D. Pedro, que tanto se distinguieron por su ingenio; el duque de San Carlos, que compartía con el dueño de la casa el cetro de la distinción y de la elegancia masculina; el marqués de Navarrés, el de Casasola y su hermano el conde de Cumbres Altas.

Eran también comensales del duque de Osuna el veterano conde de Puñonrostro, militar de brillante historia guerrera y hombre de superior ingenio; el príncipe de Anglona, que solía estar siempre de mal humor; el conde de Toreno, hombre de tanto talento como distinción; los de Parsent y de Oñate; el duque de Frias, cuyo mérito corría parejas con su modestia, y el general D. Luis Fernández de Córdoba, al que su gallardía, su valor, su talento y sus buenas fortunas amorosas daban tanto relieve y señalaban tan brillante porvenir.

La aristocracia española consideraba como su jefe al duque de Osuna, á pesar de la juvenil edad del que llevaba el título, y fué aquella una de las épocas de mayor esplendor de la ilustre casa, que disfrutaba por completo de sus pingües rentas, que tanto se menguaron después.

Por desgracia, aquello duró poco. Volvía un día el duque D. Pedro Alcántara á caballo de su magnífica quinta la *Manuela*, cercana á Madrid y que había heredado de la condesa duquesa de Benavente, que la había hecho construir imitando el Real Sitio del Retiro, y cogió una insolación que le produjo un ataque cerebral.

Y del ataque murió el 24 de agosto de 1844, á los treinta y cuatro años de edad.

Gozaba la casa de Osuna, al morir el año 1844 el duque D. Pedro Alcántara, de ocho millones de reales de renta, poseía la más notable biblioteca particular que ha habido en España y la más rica armería.

Tenía además palacios ricamente amueblados y con preciosas obras de arte en muchas poblaciones de España. La Alameda, próxima á Madrid, era una finca regia, enriquecida por preciosas pinturas de Goya.

Todo esto lo habían ido acumulando sus preclaros antepasados los Osunas, los Infantados y los Benavente, y todo lo heredó al morir soltero el duque don Pedro Alcántara su único hermano D. Mariano, que tenía treinta años cuando en 1844 se puso al frente de la ilustre casa.

No era de tan gallarda figura como su difunto hermano, pero podía considerarse como un buen mozo y era también muy elegante. Había seguido la carrera de las armas y se distinguió por su valor en los campos de batalla, ganando en acciones de guerra grados y cruces, y llegó hasta mariscal de campo, contando puestos en la carrera diplomática como los de embajador de España en Berlín y en San Petersburgo.

El rasgo distintivo del duque D. Mariano fué la prodigalidad. Amaba de un modo exagerado el fausto y la opulencia, y miraba con el mayor desdén la administración, que dejaba en manos mercenarias, cuidando sólo de que le diesen sin vacilaciones cuanto dinero necesitaba para satisfacer sus gastos.

Tenía, además de sus palacios de Madrid y provincias, casa puesta en París, en Londres, además de las residencias especiales cuando desempeñaba embajadas.

En su palacio de Madrid era lo mismo el servicio estuviera presente ó ausente. En sus caballerizas había siempre un coche enganchado y su silla de posta rodaba continuamente por los caminos de Europa.

En la embajada de Rusia especialmente desplegó un fausto deslumbrador é impropio del representante de una nación tan pobre como España; pero él decía que donde estaba un Osuna nadie se debía poner delante, y logró maravillar á los más poderosos magnates de aquella corte.

Para sus bailes y sus banquetes hacía llevar en pleno invierno á San Petersburgo flores y frutas de España, derrochando sumas considerables de dinero. Sólo así se explica que desde el año 1844, en que



El marqués de Javalquinto, príncipe de Anglona, primo y sucesor del duque D. Mariano

tomó posesión del título, hasta el de 1882, en que murió en su castillo de Beauraing en Bélgica, comprometiese sus rentas y dejase su caudal empeñado.

Permaneció soltero hasta el año 1866, en que contando cincuenta y dos años de edad se casó en Wisbaden con la princesa Leonor de Salm Salm, que tenía entonces veinticuatro y era de espléndida hermosura, según se puede juzgar por un retrato que hizo de ella el pintor de cámara de Isabel II don Carlos Luis de Ribera, que era también pintor pensionado de la casa de Osuna por haber pintado el célebre cuadro del origen del apellido Girón.

La nueva duquesa de Osuna pasó algunas temporadas en Madrid, y el palacio de las Vistillas recobró su pasada animación, ya que el esplendor no le había perdido aún en aquella época ni le perdió hasta mucho después de la muerte del duque.

Acaeció ésta, como ya se ha dicho, el año 1882, y la duquesa viuda, ó la duquesa Leonor, como se la llamaba generalmente, se instaló en Madrid para hacer frente á la comprometida situación financiera en que á la muerte de su esposo había quedado la opulenta casa.

Pasado el año del luto, la duquesa Leonor, que era de tanto talento como belleza, reuniendo todas las condiciones de la gran dama y que gustaba mucho de la sociedad, volvió á abrir sus salones y á dar preciosas fiestas.

La última fué un precioso baile de dominós blancos que se celebró el lunes de Carnaval del año 1884



D. Luis Téllez Girón, duque actual de Osuna

y al que asistió de incógnito el malogrado rey don Alfonso XII, que tan cerca tenía ya la muerte.

El palacio de las Vistillas no se volvió ya á abrir para fiestas, y sus ricos muebles, sus preciosas obras de arte, los primores todos que le embellecían, no volvieron á verse hasta que salieron á luz en la públi-

ca subasta celebrada por los acreedores algunos años después en el palacio de la Industria.

La duquesa Leonor casó en septiembre de aquel mismo año de 1884 en segundas nupcias con el duque de Croy-Dulmen, miembro hereditario de la Cámara de los señores de Prusia, y murió en 1898, conservando todavía rasgos de su gran belleza.

Como el duque D. Mariano murió sin hijos, pasó el ducado de Osuna á su primo hermano D. Pedro Alcántara, marqués de Javalquinto, que era hijo segundo del noveno duque de Osuna.

Era un señor de gran cultura, llegó á teniente general del ejército español, fué gobernador y capitán general de la Isla de Cuba, presidió la Academia de Bellas Artes de San Fernando, y cuando avanzó en edad se retiró á vivir en un artístico palacio que se había hecho construir en Biarritz.

Heredó los ducados de Osuna, de Benavente, de Gandía y de Ureña, pero nada de las rentas de la opulenta casa.

Estuvo casado con doña Julia de Damine y Desmisieres, su sobrina, dama de gran belleza é inteligencia, muy entendida en materia de arte y de literatura, que hizo ilustre el título de marquesa de Javalquinto, con el que brilló en la sociedad de Madrid, y que murió en esta corte el 15 de diciembre de 1901.

Algunos años antes, el 3 de septiembre de 1898, había fallecido en Biarritz su esposo, el décimotercio duque de Osuna. De este matrimonio sólo ha quedado una hija, doña María de los Dolores, que heredó y lleva los títulos de condesa duquesa de Benavente, duquesa de Gandía y de Pastrana, marquesa de Javalquinto y de Lombay. Es cuatro veces Grande de España y está casada con D. Emilio Besviéres, ex diputado á cortes.

Como el ducado de Osuna no puede ser llevado por hembra, pasó á la muerte del décimotercio duque á la rama de su hermano D. Tirso Téllez Girón, duque de Uceda y conde de Peñaranda de Bracamonte, que murió en Madrid el 31 de enero de 1871.

Le sucedió su hijo don Francisco, que casó con la hija mayor de los duques de Medinaceli y murió el 8 de Julio de 1897.

De este matrimonio nació el actual duque de Osuna, décimocuarto de los que llevan el insigne título, D. Luis María Constantinopla Téllez Girón, décimooctavo conde de Ureña, duodécimo duque de Uceda, marqués de Villena, dos veces Grande de España.

Nació en Madrid el 3 de marzo de 1870, y es un joven de claro y despejado talento que ha seguido con aprovechamiento la carrera de Leyes, ha representado á su país en cortes y es presidente efectivo del Tiro Nacional.

Al heredar el glorioso título, no ha heredado ni la más mínima parte de aquellas pingües rentas de ocho millones de reales, que se desvanecieron en manos de su derrochador antepasado el duque D. Mariano, y que enriquecieron á algunos de sus administradores, conocidos en Madrid con el sobrenombre de los últimos *Girones*.

En pública subasta se vendieron para pagar á los acreedores fincas, palacios, objetos de arte y muebles que hoy se encuentran en algunas casas de la burguesía acomodada. El palacio de las Vistillas ya no existe, se deshizo la armería y la biblioteca, y de los

esplendores de la casa ducal de Osuna, una de las más poderosas de la aristocracia española, no queda más que el recuerdo.

J. G. ABASCAL.

### EL BALNEARIO DE FUENTE OLIVARES

Jaime entró en la habitación del hotel donde le esperaba su amigo Lauro.

—Qué, ¿has hecho algo?, preguntó éste con impaciencia.

Jaime, sin contestarle, acercó una butaca al sofá donde estaba echado Laureano, y después de un momento de pausa dijo:

—No he hecho nada, no; pero he discurrido un plan admirable..., ¡verdaderamente admirable! Lauro se incorporó.



Carlos III, busto en bronce, obra de Juan Pascual de Mena, existente en la Academia de San Fernando

—Habla, le dijo. ¡Esto ya es imposible!. Hay que salir de aquí sea como sea.

—De eso se trata. Pero no sólo salir, sino de salir airoosamente... Salir de tal manera, que nuestros nombres se pronuncien en esta casa con veneración y que nuestro recuerdo en ella sea eterno... Además, ¡y esto es lo importante!, saldremos de aquí con dinero...

Lauro nada dijo, nada preguntó; la esperanza y la tranquilidad volvieron á su espíritu, abatido é incrédulo momentos antes. Tenía fe en su amigo. Sabía perfecta y prácticamente que aquel melencólico bohemio era capaz de realizar los más inconcebibles proyectos, y que sobre todo en el arte de sacar dinero no tenía semejante en el mundo, donde era ya bien conocido. Este conocimiento era precisamente el que le había obligado á refugiarse en aquel balneario, escondido en una misera aldea de la costa del Atlántico en España. En aquel solitario y novísimo establecimiento no había miedo de que le conocieran y le negaran hospedaje.

—Si, estoy seguro, continuó Jaime. Mi idea es colossal. Sólo á un genio pudiera haberse ocurrido... ¿No notas algo extraño, sobrenatural, alrededor de mi cabeza?

—Sí, sí; alrededor de tu cabeza y de todo tu cuerpo resplandece una aureola de purísima incandescencia. Pero, en fin, dime: ¿cuál es tu proyecto?

—Aguarda.

Jaime se levantó é hizo sonar un timbre.

Un camarero apareció en la puerta del gabinete.

—Diga usted á D. Roberto que deseo hablarle.

El criado salió, y á los pocos momentos la puerta volvía á abrirse dando entrada al dueño del hotel.

Jaime le ofreció una silla y ambos se sentaron frente á frente; Lauro quedó un poco apartado. Sin más cumplidos ni rodeos el bohemio comenzó á hablar así:

—Querido D. Roberto, ni mi amigo ni yo podemos satisfacer á usted el importe del mes y medio de hospedaje que le adeudamos.

Tan convencido estaba de ello el D. Roberto, que ni con la palabra ni con el gesto denotó la menor extrañeza.

—Nosotros, continuó Jaime, no podemos liquidar con usted; pero, en cambio, voy á tener el gusto de ofrecerle su salvación; porque usted se arruina irremisiblemente.

Una sombra de tristísimo convencimiento nubló la mirada de aquel hombre, é inconscientemente su cabeza hizo un signo de asentimiento.

—Usted se arruina, y hago esta afirmación porque puedo hablar á usted con perfecto conocimiento de estos asuntos; he corrido más de una vez el mundo y he visto muchos casos idénticos ó parecidos. La playa de Fuente Olivares es indudablemente la más deliciosa del Atlántico... El pueblo y sus alrededores son de una belleza infinita, de inmejorables condiciones higiénicas... Apreciando todo esto, y creyendo que implantar un balneario en Fuente Olivares sería un gran negocio, ha empleado usted en ello un capital enorme. A nadie puede ocultársele, y yo juro á usted que en ninguna de las playas de moda podrán encontrar los veraneantes establecimientos mejor montados que los suyos... Pero, amigo mío, estamos á mediados de agosto, y en todo lo que va de temporada, D. Lauro y yo hemos sido sus únicos huéspedes... Esto es terrible..., terrible. Imagino los gastos

y esfuerzos realizados por usted para atraer la gente y para acreditar su casa; pero ese arte..., el arte admirable de la popularidad y de la moda, es el más difícil, el más incomprensible, el de más escondidos resortes... Es arte que depende de un secreto misterioso; de algo que no puede explicarse y que no responde á ningún plan ni estudio...

Al llegar aquí, el orador hizo una pausa solemne. D. Roberto, que le había escuchado sin pestañear, aguardaba impaciente el resultado final y práctico de aquella larga peroración. Jaime, con el mayor aplomo y con una superioridad aplastante, continuó:

—Ahora voy á proponerle mi negocio; mejor dicho, el suyo: su salvación. Mi amigo y yo debemos á usted, próximamente, unas mil quinientas pesetas, que usted va á perder. Mi proposición es esta: usted me entrega ahora mismo mil pesetas y la liquidación de nuestra cuenta, y dentro de quince días, cuando no tenga en su casa ni una sola habitación desalquilada, me entregará ocho mil francos y mi amigo y yo partiremos al extranjero.

D. Roberto se había puesto de pie.

—¡No ocho mil pesetas, veinte..., la vida doy á usted si dentro de quince días ha conseguido que yo vea ocupadas las habitaciones de mi establecimiento!

# AGOSTO

## EL POEMA DEL AÑO

### AGOSTO.—DIBUJO DE GIACOMELLI

Estos eran tres pájaros enamorados de unas flores que, impulsados por su impetuosa sangre joven y ansiando cada cual poseerlas solo, con el exclusivismo natural en toda pasión, pensaron disputárselas por la fuerza y dirimir sus contiendas á picotazo limpio. Pero muy luego reflexionaron que siendo ellas varias había para todos y determinaron repartírselas sencilla y llanamente. Por supuesto, nada de declaración ni de rendidas instancias. Sentíanse en su edad temprana libertinos, y bastaba que las codiciaran sin parar mientes en su voluntad. Ordeno y mando.

Una mañana volaron decididos á no dejarlas pistilo sin picar. Reinaba en la naturaleza el mes de agosto y el bochorno de la canícula enrarecía la atmósfera y abrasaba el aire, elevando la temperatura hasta las incandescencias de un horno. Por lo mismo que no les guiaba un amor puro, sino un apetito sensual, no entraba el sacrificio en sus cálculos, y al poco rato de emprendida su excursión no podían más de calor, el pleno sol les hacía sudar copiosamente, y jadeantes y estallando de sofocación llegaron á un claro del bosque donde vieron reflejos de agua, la tersa superficie de una laguna. Sin ponerse de acuerdo, ¡zas!, zambullida. ¡Qué frescura! ¡Qué gozo! En seguida tendieron de nuevo las alas. Pero ¡oh sorpresa! Cuando distinguieron las codiciadas flores, encontráronse con que, enamoradas á su vez, se habían entregado á unas mariposas, á las que rendidamente cortejadas no vacilaron en abrir su corazón y sus brazos. Besándose estaban entonces. Y los pájaros comprendieron ya tarde que el amor que suplica llega siempre antes que el que quiere imponerse á la fuerza y que, no resistiendo un mal bochorno de agosto, piensa antes en sí mismo que en el ser amado.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



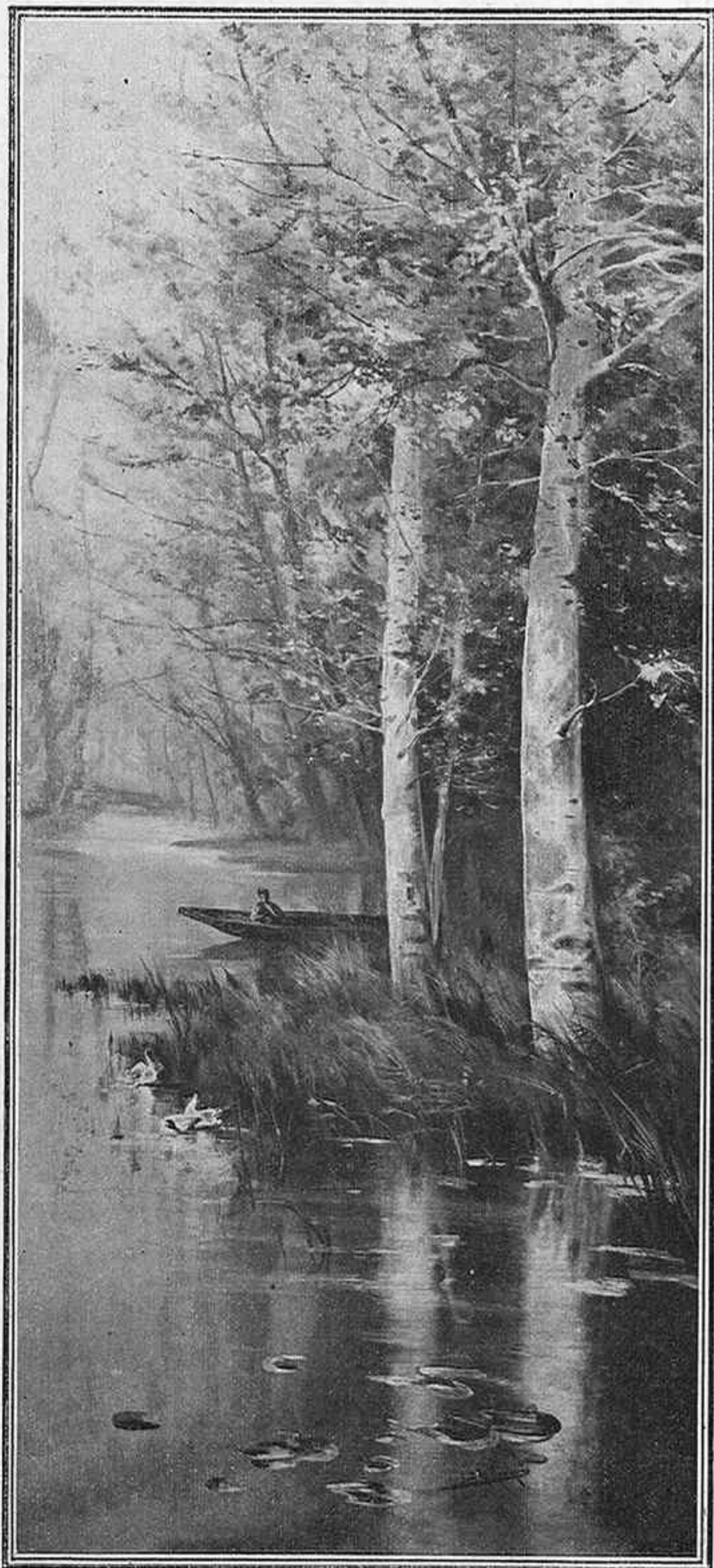
—He dicho á usted y le repito que dentro de quince días los viajeros que lleguen no han de encontrar dónde alojarse.

—Pero...

—Me anticipo á su pregunta. Nada tiene que temer. Ni su crédito, ni su nombre, ni su establecimiento sufrirán el menor tropiezo; antes bien, usted habrá conseguido su popularidad y en el mundo entero se hablará del balneario de Fuente Olivares... ¿Acepta mi proposición?

—Acepto, pero antes...

—Usted mismo lo ha de hacer todo. Primero, fir-



Estío, cuadro de José M.<sup>a</sup> Marqués

memos un compromiso de los ocho mil francos y entrégue las mil pesetas; luego, la cosa es sencillísima. Se reduce á poner unos cuantos telegramas.

\* \* \*

D. Roberto estaba asombrado. Las razones de Jaime y la ilusión de ver su balneario concurrido, lleno de bote en bote, no le permitían ni pensar ni discutir nada.

Salió de la habitación, y á los pocos momentos volvía, entregando el compromiso firmado y los cuatro mil reales.

—Muy bien, dijo Jaime. Siéntese y escriba.

Y comenzó á dictar así:

«Acaba de llegar al concurrido balneario de Fuente Olivares (España) el secretario de los duques de Orcagua, que viene con objeto de preparar habitaciones para sus nobilísimos dueños. Según comunica el dicho secretario, los duques llegarán á esta playa, en su yate, á fines de este mes y permanecerán en ella hasta mediados de septiembre...»

—Ahora, dijo Jaime, haga usted varias copias de este telegrama y remítalas al *Figaro* y al *New York Herald*, en París; al *Daily Telegraph* y al *Times*, en Londres; á la *Gaceta de Colonia*, y á la *Tribuna*, en Roma... No hay que hacer nada más...

\* \* \*

El resultado de aquellos telegramas fué de un efecto mágico.

A los ocho días de transmitidos, comenzaron á

llegar al balneario de Fuente Olivares viajeros de todos los países de Europa que, no bien pisaban la puerta del hotel, preguntaban por los duques de Orcagua.

Siguiendo las instrucciones de Jaime, á todos se les respondía lo mismo:

—Los duques no han llegado aún; se les aguarda de un día á otro. El secretario partió precisamente ayer para salirles al encuentro.

Antes de la fecha convenida, el hotel estaba completamente lleno, á excepción de las habitaciones reservadas á los duques. Para que no faltara un solo ejemplar de las razas civilizadas, habían llegado á Fuente Olivares, con asombro de todos, un chino, un japonés y un armenio.

Más que un balneario, el de Fuente Olivares parecía una academia donde fuera á celebrarse un Congreso internacional.

D. Roberto estaba completamente fuera de sí, loco, así por la alegría como por la barandada que se había producido en su establecimiento, tan súbitamente transformado en nueva Babel.

\* \* \*

Al cumplirse los quince días, Jaime le llamó.

—Ha llegado el momento, dijo, de satisfacer nuestro contrato. Mi profecía se ha cumplido; espero que usted me entregue los ocho mil francos estipulados, y esta misma tarde mi amigo y yo partiremos.

D. Roberto no opuso la menor resistencia y cumplió exactamente su compromiso; pero una cosa le perturbaba: el misterio encerrado en aquel fantástico telegrama. Y no pudiendo resistir al deseo de conocer la virtud misteriosa de aquella farsa, después de suplicar inútilmente á Jaime, le ofreció dos mil pesetas más si se lo descubría.

—Usted ha procedido conmigo como un perfecto caballero, dijo Jaime. No quiero estafar á usted esos dos mil francos. Yo le prometo que antes de una semana recibirá carta mía. En ella, á más de explicarle el secreto, le daré instrucciones para que sepa cómo ha de conducirse después de mi marcha.

Pocas horas pasadas, los dos amigos se despedían del fondista y de la dependencia, que los bendecía y aclamaba, y salían de Fuente Olivares.

\* \* \*

A la mañana siguiente D. Roberto recibió una carta depositada en la estación inmediata y que decía así:

«Mi querido amigo: Cumpliendo mi promesa, voy á aclararle el enigma que se encerraba en nuestro maravilloso despacho.

»Hace años, en una de mis excursiones por Europa, conocí á los duques de Orcagua.

»Este matrimonio, del más puro linaje, corría triunfante el mundo derrochando oro. Ningún príncipe, ni rey, ni emperador, logró jamás la popularidad, el aprecio y el crédito que gozaron los duques de Orcagua.

»Pero de improviso, sin que nadie pudiera explicarse el motivo, el duque y la duquesa se separaron. A ella, que era la dueña de aquel capital fabuloso, nadie la ha vuelto á ver. El duque, durante algunos años, siguió su antigua vida de fausto; pero llegó un momento en que le fué imposible continuar en ella. Todo aquel boato conseguido por el crédito antiguo se vino al suelo. El duque no podía pisar población donde no debiera enormes cantidades.

»Perseguido y agobiado por sus infinitos acreedores, decidió ocultarse en un rincón del mundo. Yo le volví á encontrar, hace próximamente un año, en un poblacho miserable de Bolivia.

»Esta es la historia de los duques de Orcagua. Como usted puede ahora comprender, el anuncio de la nueva unión de aquel matrimonio ha hecho concebir esperanzas á los acreedores del duque, y ellos son los que en este momento ocupan las habitaciones de su hotel. Yo estaba segurísimo de que á la menor indicación todos ellos correrían al fin del mundo con el ansia de recuperar lo que consideraban perdido.

»Ahora quiero completar mi obra con usted. Dentro de ocho días le mandaré un cablegrama desde Malta avisando la salida de los duques para esa.

»Usted enseñe el telegrama á esos cuervos, que ya habrán empezado á impacientarse. Días después volveré á telegrafiar desde Argel diciendo que una repentina enfermedad de la duquesa les hace desistir del viaje.

»Cuando todos se hayan marchado, vuelva á telegrafiar á los mismos diarios diciendo:

«Acaban de llegar á este balneario los duques de Orcagua.»

»Los duques estarán representados en las personas de mi amigo el doctor Purdhon y su señora, que se detendrán unos días en esa, de paso para América.

»Con todo esto, durante varios meses el nombre de balneario de Fuente Olivares se repetirá millones de veces en el mundo entero; para confirmar la popularidad, yo publicaré en *Le Figaro* un admirable artículo hablando de esa playa. Con este punto final habremos triunfado.

»Le estrecha la mano, hasta el año próximo, su buen amigo—*Jaime.*»

NICOLÁS ROSTOVOF.

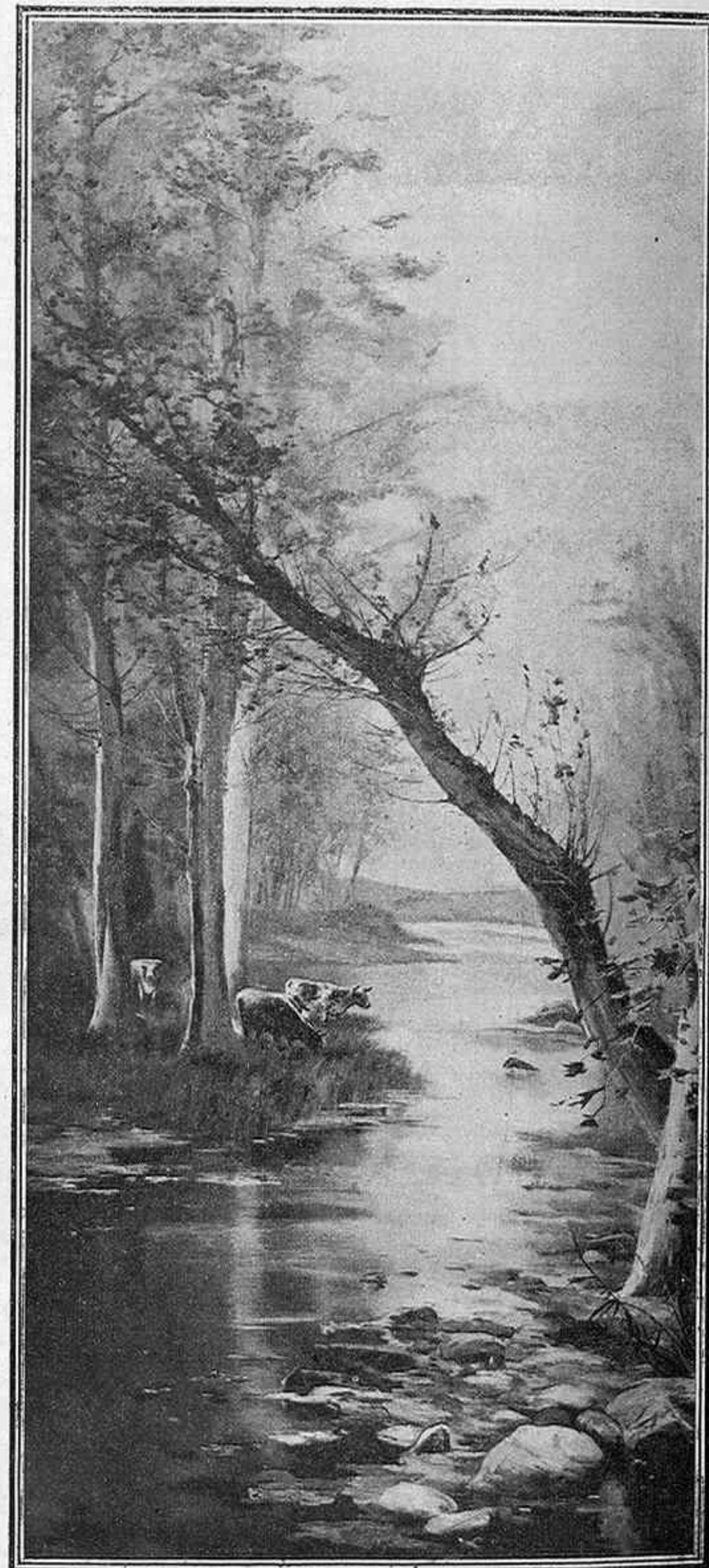
## ESTÍO.—OTOÑO

CUADROS DE JOSÉ MARÍA MARQUÉS

Aunque cultiva con éxito los más variados géneros y su pincel ha producido excelentes retratos y cuadros de género y de historia, hemos de confesar francamente que donde más nos cautiva el celebrado pintor barcelonés es en la pintura de paisajes.

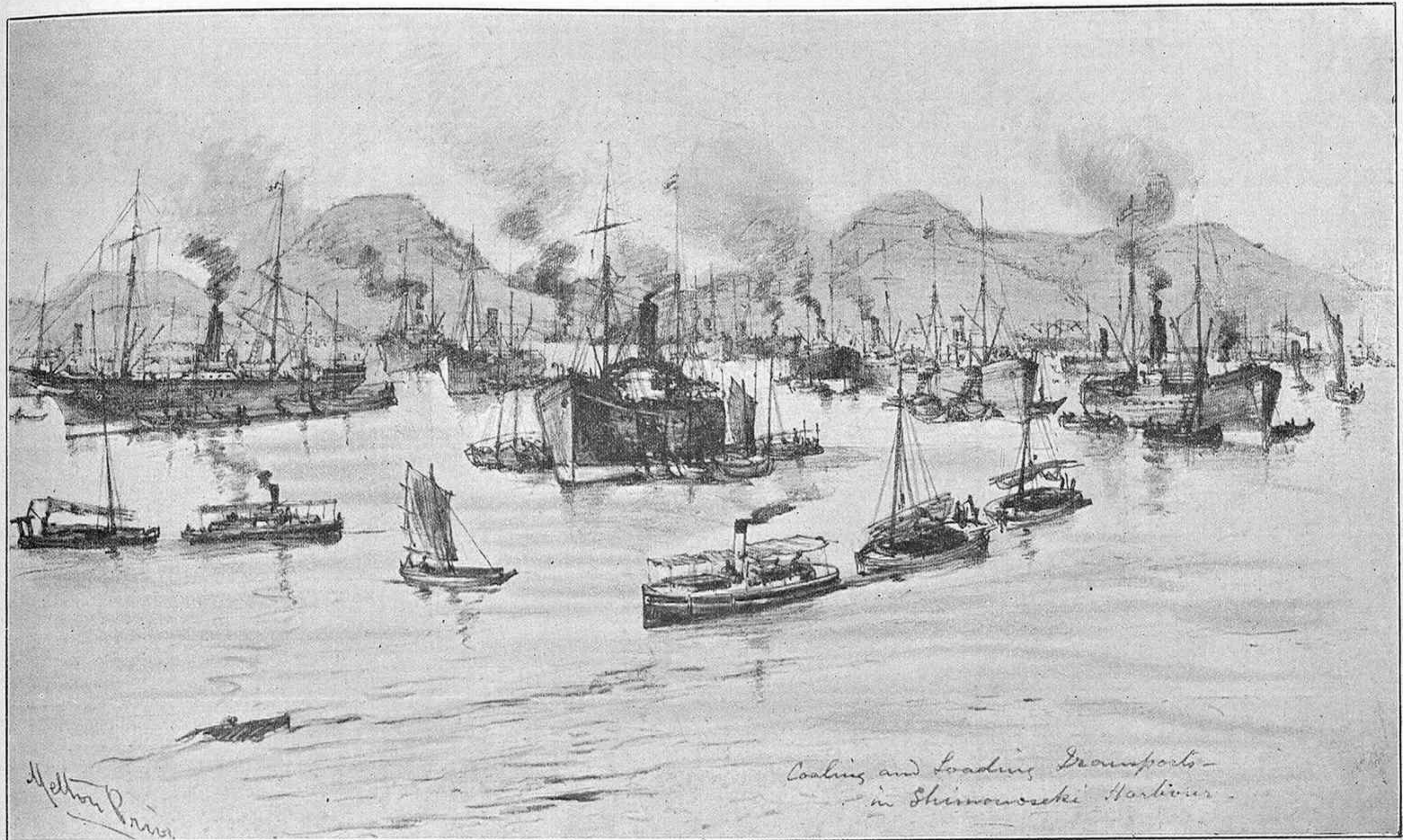
Marqués siente como pocos la naturaleza; la poesía de los prados, de los campos y de los bosques hace vibrar intensamente las fibras de su corazón, y á impulsos de éste, su mano hábil encuentra las líneas y los colores más adecuados para trasladar al lienzo los espectáculos que le conmovieron, con la misma fuerza con que los vieron sus ojos de artista y los sintió su alma de poeta.

Por esto sus paisajes tienen, permitasenos la palabra, una expresión, ora sonriente, ora melancólica, ya



Otoño, cuadro de José M.<sup>a</sup> Marqués

dulce, ya vigorosa, según las condiciones de lugar y tiempo en que se ofrecieron á su contemplación; por esto sus árboles, sus flores, sus hierbas, sus lagos y sus cielos son algo más que copia exacta de la realidad física, y el conjunto de tales elementos produce algo más que una impresión pasajera: todos estos objetos, inanimados para el vulgo, son para los espíritus delicados y escogidos manifestaciones de distintos estados anímicos, por decirlo así, de la naturaleza. Como tales los ve Marqués y como tales los hace ver aun á los más insensibles á esta clase de bellezas.—X.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - TRANSPORTES JAPONESES HACIENDO CARBÓN Y TOMANDO CARGA EN EL PUERTO DE SHIMONOSEKI. Croquis del natural de Melton Prior

### CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El hecho más culminante acaecido en el teatro de la guerra en estos últimos días ha sido la salida efectuada por la escuadra de Puerto Arthur, que tan fatales consecuencias ha tenido para los rusos. No se conocen todavía los móviles á que obedeció esta operación arriesgadísima, que casi puede calificarse de acto de desesperación; se ignora aún el paradero de muchos de los buques que la realizaron; y son asimismo contradictorias las noticias que se han recibido del combate naval trabado entre aquella escuadra y la del almirante Togo, que salió en su persecución.

En la imposibilidad, pues, de desentrañar la verdad entre tantas sombras y contradicciones, describiremos el suceso tal como lo refiere el contraalmirante ruso Matussevitch en telegrama oficial dirigido con fecha del 12 al emperador.

A las nueve de la mañana salió de Puerto Arthur la escuadra, compuesta de los seis acorazados *Retvisan*, *Tsarevitch*, *Pobieda*, *Poltawa*, *Sebastopol* y *Peresviet*, de los cuatro cruceros *Askold*, *Diana*, *Pallada* y *Novik*, y de ocho torpederos y contratorpederos. A las doce y cuarto, cuando se hallaba á unos 60 kilómetros al Sur de la plaza, encontré con la escuadra japonesa, que se componía de los seis acorazados *Assaki*, *Mikasa*, *Fudji*, *Yashima*, *Shikshima* y *Tchinjea*, de los diez cruceros *Nissin*, *Kasuga*, *Yakuma*, *Kassaghi*, *Tchitoza*, *Takassago*, *Akisutchima*, *Idzumi*, *Matsushima*, *Itsokushima* y *Kashidate*, y de 30 torpederos. La escuadra rusa trató de abrirse paso por entre los barcos japoneses, pero sus maniobras fueron considerablemente dificultadas por los torpederos enemigos, no obstante lo cual á cosa de la una había conseguido romper la línea japonesa y dirigirse hacia el Sur.

Inmediatamente los buques japoneses emprendieron su persecución y á las cinco lograron darle alcance, trabándose entonces un combate que duró hasta el anochecer. En un principio los dos combatientes lucharon en iguales condiciones, pero los japoneses concentraron sus fuegos contra el *Tsarevitch*, que arbolaba la insignia del contraalmirante Withoef, comandante de la escuadra, y le causaron graves averías en la máquina y en el timón, por lo que hubo de detenerse durante cuarenta minutos, obligando con ello á los demás buques á maniobrar para protegerlo. Al propio tiempo, era gravemente herido su comandante particular y muerto el contraalmirante Withoef, á quien reemplazó en el mando el príncipe Uchtomsky.

A partir de este punto empieza la confusión, no habiéndose recibido aún detalles concretos de lo que

ocurrió después de la muerte del almirante en jefe. Es de suponer, sin embargo, que desde aquel momento los buques rusos, aprovechando la obscuridad de la noche, se dispersaron en distintas direcciones. El *Tsarevitch*, no pudiendo seguir al resto de la escuadra, prosiguió lentamente su marcha hacia el Sur (con una velocidad de cuatro nudos por hora) con el propósito de llegar á Vladivostok, y durante la noche hubo de resistir los ataques de varios torpederos que, sin embargo, no consiguieron alcanzarle; en la madrugada del 11 se hallaba á la altura de Chan-Tung, y viendo entonces su comandante que le era imposible llegar á Vladivostok, dirigióse al puerto alemán de Kiao-Cheu, adonde llegó á las nueve de la noche, encontrando allí al crucero *Novik* y al torpedero *Bezchumny*. El *Tsarevitch* tenía roto el árbol del timón, uno de sus cañones desmontado, los mástiles doblados en forma de cruz, las chimeneas llenas de agujeros y el puente torcido; además, presentaba debajo de la línea de flotación grandes agujeros que habían sido provisionalmente tapados con tablones y en su interior todo estaba devastado. Según parece, se hallan asimismo en Kiao-Cheu los torpederos *Bezposchtchadni* y *Beschasni*.

Se sabe que el crucero *Askold*, con importantes averías (pues fué alcanzado por 200 proyectiles), se refugió en Shanghai, en donde las autoridades chinas procedieron á su desarme; también se encuentra allí el contratorpedero *Grosvoiv*. Sábese igualmente que el torpedero *Reshitelny*, que se había refugiado en el puerto chino de Che-Fu, ha sido apresado por los japoneses, dando lugar á un incidente que puede tener alguna trascendencia y del cual nos ocuparemos luego. Finalmente, un telegrama de Wei-Hai-Wei dice que dos contratorpederos, uno de ellos el *Boorni*, encallaron al Sur del promontorio de Chan-Tung y fueron volados por sus tripulaciones, que se dirigieron luego por tierra á Wei-Hai-Wei, adonde llegaron el 12.

Se conoce, pues, la suerte de un acorazado, dos cruceros y siete torpederos y contratorpederos; pero ¿qué ha sido de los demás buques que componían la escuadra? Supónese con fundamento que debieron regresar á Puerto Arthur, porque si hubiesen arribado á algún puerto neutral se tendrían noticias de ellos como se tienen de los refugiados en Kiao-Cheu, Che-Fu y Shanghai.

Hemos hablado antes del apresamiento por los japoneses del torpedero *Reshitelny* en el puerto chino, y por ende neutral, de Che-Fu. Constituye esto un acto tan censurable, que estimamos interesante referir cómo se realizó. Al llegar aquel buque al citado puerto, las autoridades chinas intimaron al comandante á que partiera inmediatamente ó desarmara el

barco. El capitán del torpedero, viendo que las máquinas de éste no podían funcionar, desarmó el buque, arrió el pabellón ruso y se acogió á la protección de China. Dos torpederos japoneses que habían perseguido la embarcación rusa, penetraron á favor de la noche y con los fuegos apagados en el puerto, anclando á 450 metros del *Reshitelny*. Noticioso de su presencia, el almirante chino hizo á sus comandantes la misma intimación que hiciera al del torpedero ruso, habiendo aquéllos contestado que partirían al amanecer y que observarían estrictamente las leyes de neutralidad; pero en vez de cumplir su palabra, á las tres y media de la mañana enviaron un destacamento de marinos al buque ruso. Lo que sucedió á bordo de éste no se sabe á punto fijo: los japoneses dicen que fueron para decir al capitán del torpedero que saliera del puerto y aceptara un combate, á lo que replicó aquél que las máquinas no funcionaban y que las armas habían sido entregadas á los chinos. Añade esta versión que en aquél momento el intérprete que acompañaba al destacamento oyó al comandante ruso dar órdenes en voz baja, arrojándose al mismo tiempo sobre el teniente japonés, cayendo ambos al agua. Entonces se generalizó la lucha, á la que puso término una explosión que estalló en el interior del barco.

A su vez el teniente Rotchakowski, comandante del *Reshitelny*, en telegrama dirigido al emperador el día 13 dice que durante la noche del 11, mientras el cónsul ruso en Che-Fu conferenciaba con el tao-tai chino acerca de la permanencia del torpedero en aguas chinas, entraron en el puerto un crucero y dos torpederos japoneses, los cuales enviaron á su buque un destacamento á pretexto de entrar en negociaciones. Pero muy pronto pretendieron los japoneses izar su bandera en el *Reshitelny*, á lo que se opuso naturalmente Rotchakowski, entablándose entonces la lucha cuerpo á cuerpo entre ambos bandos y ocurriendo la explosión del buque.

De todos modos, sea cual fuere la versión que se acepte como buena, siempre resultará que los barcos japoneses penetraron ocultamente en un puerto neutral al que se había acogido el torpedero ruso por imposibilidad absoluta de seguir navegando; que una vez dentro de él enviaron un destacamento armado al buque enemigo que estaba desarmado y se había puesto bajo el amparo de las autoridades chinas; y que no contentos con esto, se apoderaron del torpedero y se lo llevaron á remolque. Todo esto constituye un atentado incalificable, una violación indigna de las leyes de la guerra y de las reglas de neutralidad, atentado y violación tanto más censurables cuanto que las ventajas hasta ahora conseguidas por los japoneses les imponen mayor serenidad en todos sus



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Prisioneros rusos en un templo budista de Matsuyama (Japón). (Dibujo de Koekoek, según croquis del natural de Federico Villiers, dibujante especial de «The London News,» en el teatro de la guerra)





GUERRA RUSO-JAPONESA.—La artillería japonesa en la Mandchuria. Dibujos de C. Clark, hechos sobre fotografías

1. Subiendo una cuesta empinada. — 2. Batería de montaña. — 3. Bajando una pendiente. — 4. Artillería en acción

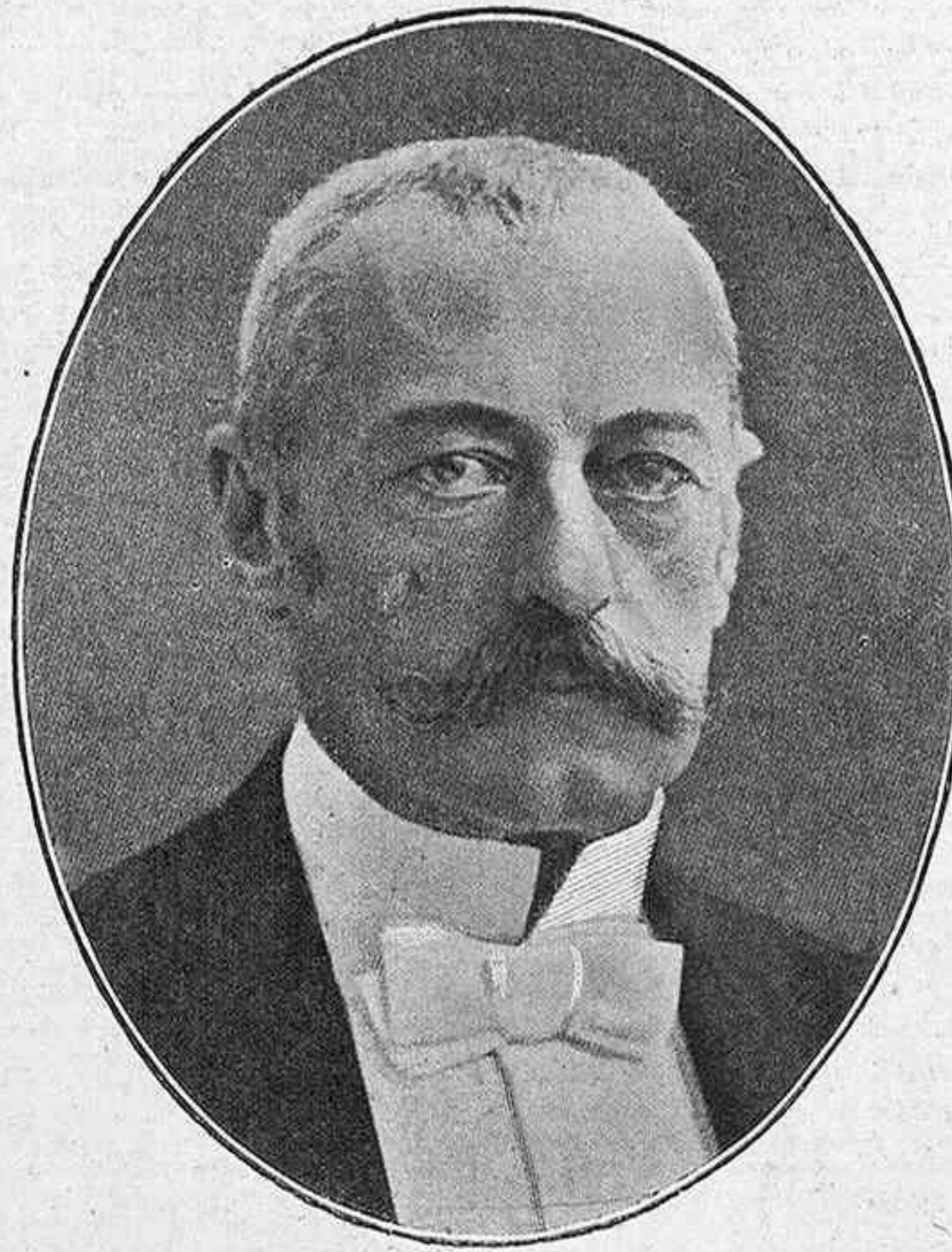
actos y mayor respeto al derecho de gentes. La captura del *Reshitelny*, explíquese como se quiera, será una mancha vergonzosa para el Japón en la historia de la presente guerra. Además podría ser causa de serias complicaciones, porque no es de creer que las potencias neutrales consientan que los japoneses cometan actos reñidos con lo que es ley para toda nación civilizada.

Rusia, como es natural, ha presentado indirectamente, por conducto del gobierno francés, sus reclamaciones al Japón, y directamente las ha formulado también contra China acusando de cobarde y traidor al almirante chino de Che-Fu que no supo impedir el acto de bandidaje de los japoneses.

No ha sido la derrota de la escuadra de Puerto Arthur el único revés que en estos últimos días han sufrido por mar los rusos. La división naval rusa de Vladivostok, que tantos sinsabores causaba a los japoneses, acaba de sufrir un golpe terrible. En la madrugada del 14, la escuadra del almirante Kamimura, que efectuaba un reconocimiento en aguas del Ulán, divisó a los tres cruceros de aquella división, el *Rurik*, el *Rossia* y el *Gromoboi*, los cuales, al verla, trataron de escapar en dirección al Norte; pero frente a la isla Tsu-Shima, cerca del extremo meridional de Corea, los japoneses les cortaron la retirada, trabándose inmediatamente un reñido combate. La escuadra japonesa concentró sus fuegos sobre el *Rurik* que, por ser de menos andar que los otros, se quedaba rezagado, y aun cuando el *Rossia* y el *Gromoboi* intentaron valerosamente repetidas veces protegerlo, no pudieron evitar que quedara fuera de combate, y al ver que comenzaba a hundirse lo abandonaron. Una parte de la escuadra de Kamimura salió en su persecución; pero no pudiendo alcanzarles, regresó al sitio en donde quedara el *Rurik*, que en el entretanto se había hundido, salvando a 600 de sus tripulantes. Según el parte del almirante japonés, sus barcos apenas sufrieron ligeras averías.

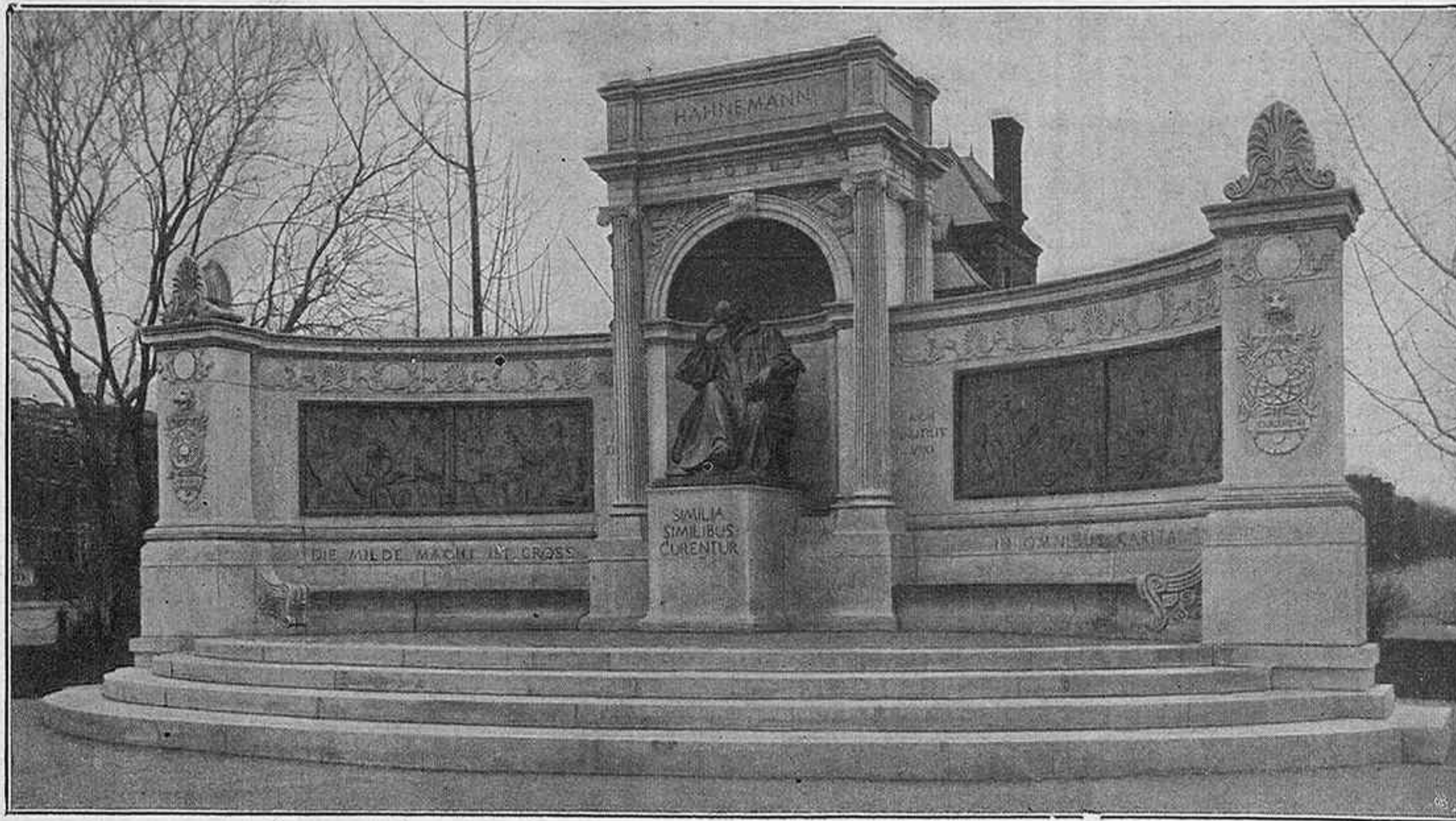
La impresión que estos dos desastres han producido en Rusia ha sido terrible, pues además de lo que en sí mismos significan, permiten suponer que la rendición de Puerto Arthur es inevitable é inminente. La situación de esta plaza va siendo, en efecto, cada vez más insostenible; y aun cuando no se tienen

un gran movimiento en dirección a Mukden, en cual caso la situación de Kuropatkin en Liao-Yang sería muy comprometida, á causa del peligro de ver cortadas sus comunicaciones por el Norte.



M. WALDECK-ROUSSEAU, ex presidente del Consejo de Ministros de Francia, fallecido en Corbeil (Sena y Oise) en 10 de los corrientes

El estado sanitario de los beligerantes deja mucho que desear, siendo alarmante el número de enfermos de ambos ejércitos. El calor intenso que ha sucedido á las lluvias torrenciales ha propagado la malaria, y los casos de insolación aumentan de día en día. Los hospitales de campaña están llenos y ha sido preciso instalar hospitales provisionales en varios puntos.—R.



Monumento de Hahnemann en Washington, obra de C. H. Niehaus

noticias detalladas fidedignas de lo que allí ocurre, parece que los sitiadores van estrechando su cerco, á costa, es verdad, de grandes pérdidas. Los sitiados oponen una resistencia heroica, y en muchas ocasiones, como en los ataques de los días 4, 8 y 9, lograron rechazar al enemigo, causándolo un número enorme de bajas; pero estos éxitos parciales no impiden que los japoneses avancen y acerquen cada día más su artillería gruesa á las defensas de la ciudad, habiéndose apoderado el día 30, después de los combates del 26 al 28 de julio de que hablábamos en la crónica anterior, de las posiciones avanzadas de la montaña del Lobo y de la montaña Verde.

Por el lado de Liao-Yang no ha ocurrido novedad alguna desde nuestra crónica anterior. Los rusos siguen fortificándose y los japoneses han suspendido su movimiento de avance. Dícese que esta suspensión obedece al propósito de aplazar todo movimiento decisivo por aquella parte hasta que se haya consumado la toma de Puerto Arthur. No falta, sin embargo, quien supone que los japoneses no permanecen tan inactivos como parece, sino que han iniciado

NUESTROS GRABADOS

**Monumento á Hahnemann en Washington, obra de C. H. Niehaus.**—Entre los escultores más notables de los Estados Unidos debe citarse á Niehaus, educado en la Academia de Bellas Artes de Munich, autor del monumento que en esta página reproducimos; es esta una obra grandiosa y severa en sus líneas arquitectónicas y muy notable en su parte escultórica. Bajo un templete, á cuyos lados se extienden dos muros en arco de círculo, se ve la estatua del fundador de la homeopatía, sentado, envuelto en amplia toga y en actitud meditabunda; en el pedestal se lee el famoso «*Similia similibus curantur*», que es la base fundamental del sistema homeopático. En los muros laterales hay cuatro relieves que representan á Hahnemann en el colegio, en la universidad, ante sus oyentes y junto al lecho del enfermo.

**M. Waldeck-Rousseau.**—Este ilustre político que hace pocos días falleció en su quinta de Corbeil, después de larga y penosa enfermedad que hacía tiempo le tenía alejado de la vida activa, nació en Nantes en 2 de diciembre de 1846. En 1879 fué elegido diputado por Ille-et-Villene y figuró en el partido de la Unión Republicana, revelándose en seguida como elocuente orador parlamentario en el hermoso discurso que en

1880 pronunció sobre la ley de la magistratura. En 1881 fué ministro del Interior en el llamado «ministerio grande» que formó Gambetta, desmostrando en el ejercicio de tan importante cargo sus excepcionales aptitudes de gobernante. En 1882 fué reemplazado por Goblet; pero en 21 de febrero de 1884, después del famoso discurso contra la elección de la magistratura, confióle Ferry la misma cartera que antes había desempeñado, uniendo entonces su nombre á la ley de los sindicatos. Desde 1889 hasta 1894 permaneció alejado del Parlamento; en el último citado año el departamento del Loire le eligió senador y en 1899 encargóse de la presidencia del Consejo de Ministros que conservó hasta 1902, en que su salud, quebrantada por la dolencia que le ha llevado al sepulcro, le obligó á dimitir, habiéndose acreditado al frente del gobierno como enérgico estadista.

Francia pierde con Waldeck-Rousseau á uno de sus primeros oradores y á uno de sus más notables hombres de Estado.

**Carlos III, busto en bronce de Juan Pascual de Mena.**—Obra del célebre escultor español Juan Pascual de Mena es el notable busto de Carlos III, que se conserva en la Real Academia de San Fernando, de la que fué director el referido artista, á quien se deben otras producciones no menos interesantes. La notable reproducción en bronce que damos á conocer á nuestros lectores fué ejecutada por los Sres. Masriera y Campins, con destino á la Academia de Ciencias y Artes de esta ciudad, ofrecida á aquella docta corporación por D. Federico Masriera, á su ingreso en la misma.

**Interior, cuadro de José Triadó.**—Nuestros lectores han podido apreciar las condiciones y aptitudes que posee este distinguido artista para el cultivo del arte llamado ornamental ó decorativo, género en el que ha logrado singularizarse, adquiriendo merecida y justificada notoriedad; pero seguramente no han tenido ocasión de conocer á nuestro amigo como pintor de costumbres, como evocador de esas escenas, tipos y cuadros que tan fidelísimamente retratan el modo de ser de nuestra región. Muestra de ello ese *interior* que reproducimos, sobrio y exacto, digno del buen nombre del artista que lo ha producido.

**FLEUR d'ALIZE** Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

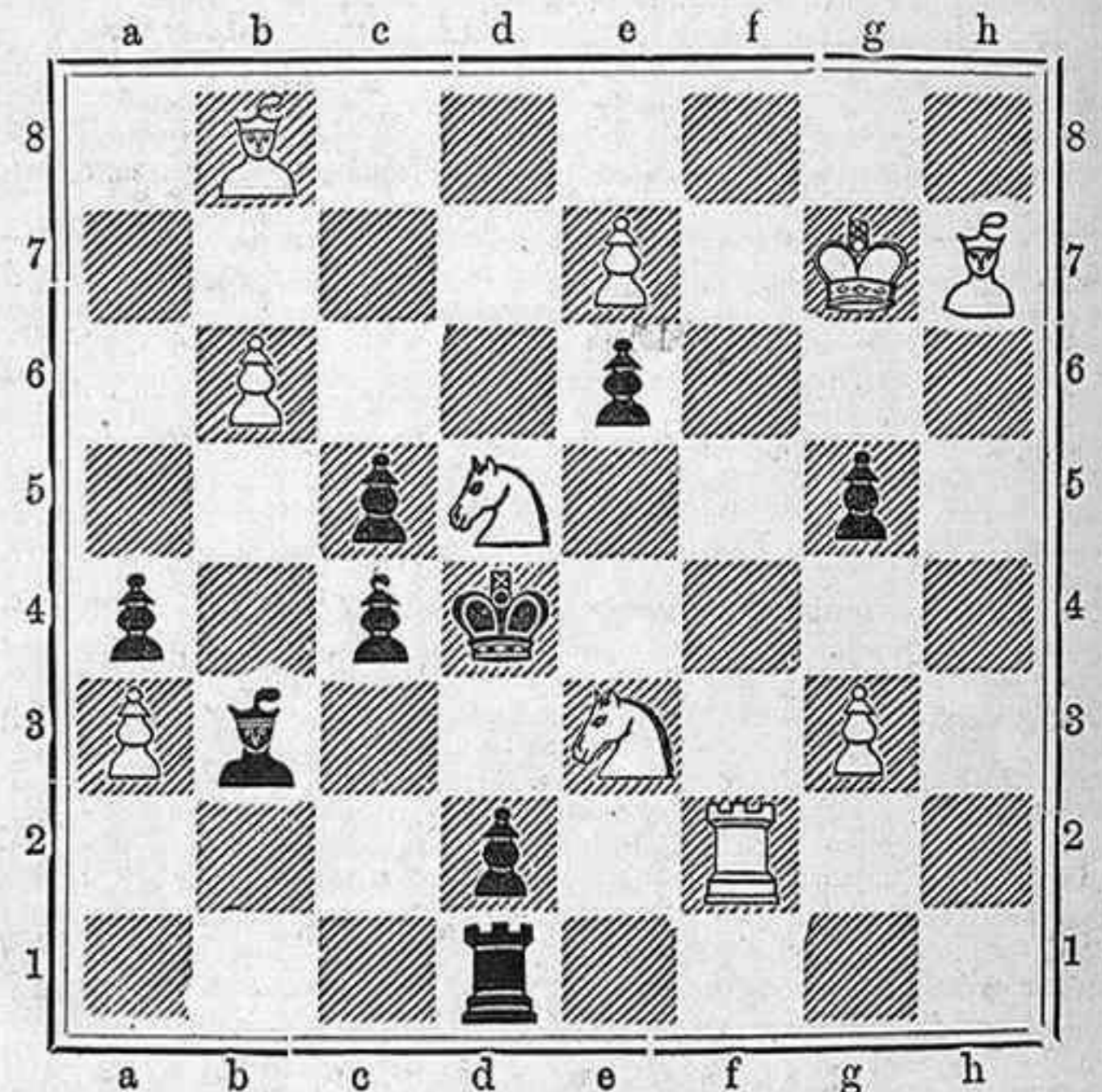
CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (continuación)

ENVÍO N.º 6. — LEMA: «Attaque.» — BLANCAS: Ra1, Te1, Ac7 y f1, Ce3, Pb5, c3, d5, f4 y g4 (10 piezas). NEGRAS: Rc5, Pc6 y e4 (3 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

ENVÍO N.º 7. — «Vive le roi.»

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 4. — LEMA: «¡Tarik es salahme!»

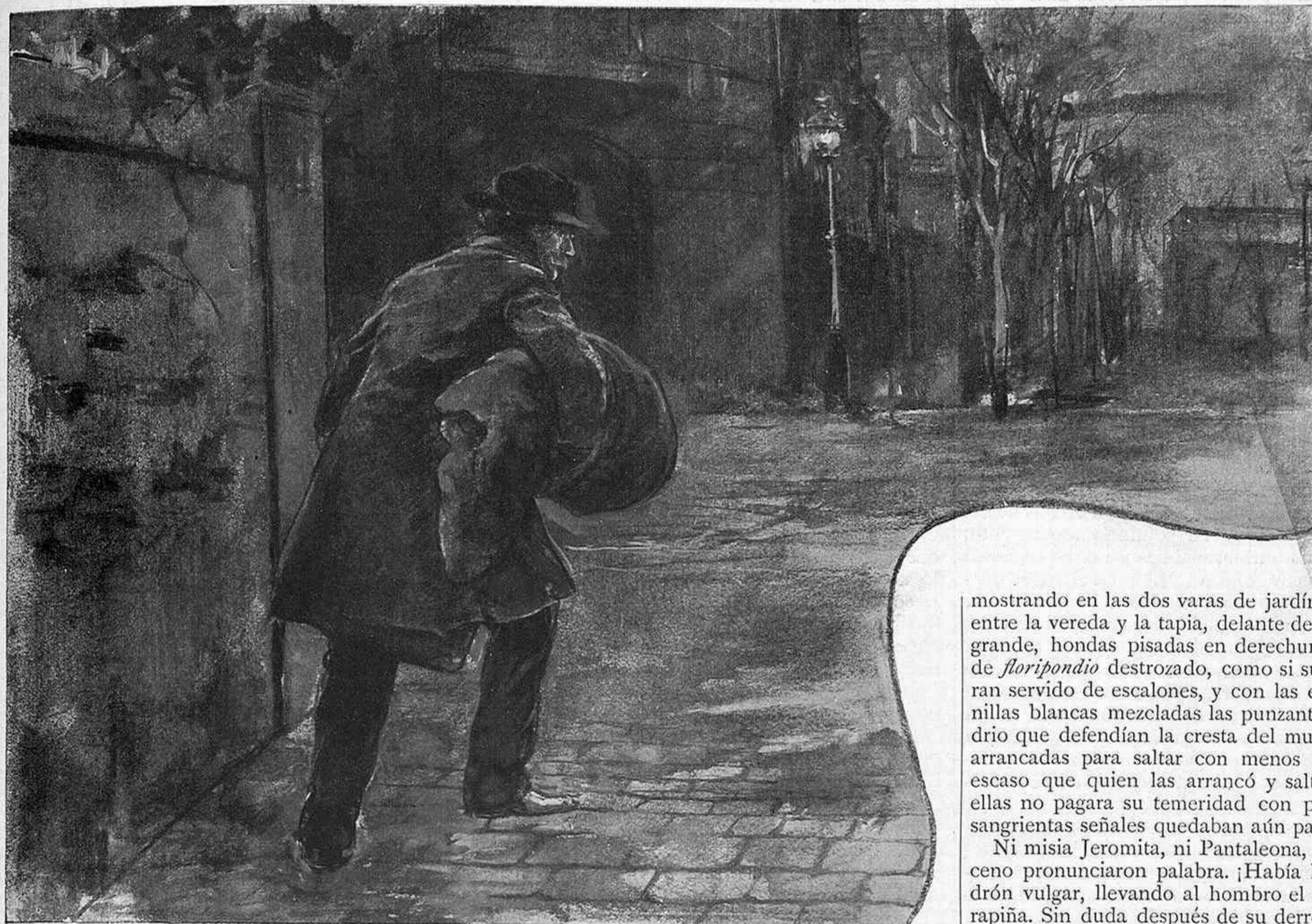
- 1. Ac2-b3, Dh2xe2; 2. d2-d4 jaq., etc.
- Dh2-f4 ó f2; 2. Dc4-d5 jaq., etc.
- Cg1-f3; 2. Dc4-d5 jaq., etc.
- Cd1-c3 ó e3; 2. Dc4xc3 jaq., etc.
- Re5-d6; 2. c7-c8 (C) jaq., etc.
- Otra jug.ª; 2. Dc4-d5 mate.

ENVÍO N.º 5. — «Astutia non vi.»

- 1. Dd1-d8, Ce6xd8; 2. e7xd8 (C), etc.
- Ce6xf8; 2. Dd8xc7, etc.
- Ce6xc5 ó otra; 2. Ab8xc7 jaq., etc.

Tiene otra solución que empieza con 1. Dd1-d7 amenazando 2. Dd7xc6 mate.

(Se continuará)



... y se hunde en la negrura de la noche

## MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONCLUSIÓN)

Entró Pantaleona asustada, y comunicó sus temores de que algo hubiera ocurrido al Sr. Lucca, porque...

Cerrada permanecía la habitación, dentro no se escuchaba ruido alguno; eran pasadas las dos de la tarde; ni comió, ni llamó, ni le vió nadie... ¿Por dónde pudo salir y cuándo salió? La llave del portón la entregó ella misma á Aurora para ir á la compra, y ni ella ni Aurora sintieron el timbre de aviso: la puertecilla falsa del patio estaba condenada. Y si no salió, ¿qué significaba el silencioso recogimiento de su cuarto, mudo como una tumba?

Bruscamente, misia Jeromita se había levantado; la misma siniestra idea de la mañana la empujó fuera, y Monreal y Pantaleona, aunque intentaron contenerla, no lo lograron, siguiéndola hasta la puerta de Fortunato, á la que llamó con los nudillos y los puños. Golpeaba ella y temblaban los cristales, remediando burlescamente el eco el furioso *pam, pam*: dentro nadie respondía, ni á los porrazos ni á las voces, y el silencio puso miedo al propio D. Nepomuceno, más que si la fortaleza se abriera y armado se presentara el florentino á defenderse. Acaso iban á encontrarle colgado de un pasador, sacando la lengua toda, aquella lengua de las dulces mentiras, postrera mofa que hacía á la engañada señora... Miráronse los tres, con terror indefinible. Era preciso abrir. ¿Cómo? Por la fuerza, fracturando la cerradura. ¿Pero quién llamaba á un cerrajero, divulgador seguro en el barrio del raro suceso? Pidieron á Aurora un hierro de la cocina, y con él dió golpes inútiles D. Nepomuceno, que, dominado por la emoción, fallaba todos y hubo de ceder á la fornida mulata la improvisada palanca. Atacada vigorosamente, crujió la puerta, resistiendo siempre, defensora tenaz del secreto que la confiaran, y sudando la mulata, bregando en su ayuda Monreal, pálidas y agitadas misia Jeromita y Pantaleona y ladrando la bullanguera *Diamela*, dieran todos pábulo suficiente para la más sabrosa gacetilla chismográfica, si á cualquiera de las tres Marías se la ocurre montar en el observatorio.

Al cabo, fatigados, interrogábanse, cuando entre

las matas de violetas que festoneaban la vereda columbró una llave Pantaleona. ¡Una llave! La llave de la pieza grande quizá, de la habitación misteriosa. D. Nepomuceno la zampó en la cerradura, y dócilmente la puerta se entregó... Abrieron. Y con temerosas precauciones asomaron todos la cabeza, tropezando unos con otros; misia Jeromita apoyada en el primo, al que comunicaba su temblor nervioso, escuchada Pantaleona por Aurora, que tendía la movible jeta de marrano. *Diamela* se precipitó ladrando valientemente, y esta fué la señal de la irrupción: nadie, nadie había en el cuarto, ni debajo de la cama, ni detrás de los muebles; el armario, de par en par, estaba vacío, las perchas desnudas, los cajones barridos y todo con el sello del abandono apresurado y reciente. El aroma del toscanito impregnábalo todo, como el reguero de azufre que deja el diablo á su paso; los botes, sin tapón, sobre el lavabo, despedían las últimas moléculas tentadoras. En la pared, Víctor Manuel, Mazzini y Garibaldi, cruelmente olvidados, parecían mover los labios de bermellón, deseosos de contar los detalles de aquella fuga vergonzosa, que acababa de humillar á misia Jeromita y desataba en Pantaleona la curiosidad, traducida en esta pregunta muda á Monreal:

—Explícame, Nepomucenito, ¿qué piensas tú de esto? La escapatoria del Sr. Lucca me asombra. ¡Un marido que toma el portante de esta manera! Te digo que no lo entiendo.

Y D. Nepomuceno, que sentía estremecerse el brazo de la prima desventurada, con gesto sombrío expresaba la única respuesta posible:

—No sé... Conténtate con lo averiguado... Las niñas no deben ser preguntonas... Mira y calla.

Lo que Pantaleona no se atrevió á decir, lo formuló Aurora con chillidos impertinentes:

—¿Qué manera de mudarse la del señor! Se ha despedido á la francesa... Pero ¿por dónde? ¡Virgen mía de Luján!

Revolvíase como un sabueso, rastreando la huella del fugitivo, y chilló más, con palmoteos de triunfo,

mostrando en las dos varas de jardín que mediaban entre la vereda y la tapia, delante de la misma pieza grande, hondas pisadas en derechura á un arbusto de *floripondio* destrozado, como si sus ramas hubieran servido de escalones, y con las enormes campanillas blancas mezcladas las punzantes agujas de vidrio que defendían la cresta del muro y que fueron arrancadas para saltar con menos peligro, no tan escaso que quien las arrancó y saltó por cima de ellas no pagara su temeridad con pinchazos, cuyas sangrientas señales quedaban aún para delatarle.

Ni misia Jeromita, ni Pantaleona, ni D. Nepomuceno pronunciaron palabra. ¡Había huido! como ladrón vulgar, llevando al hombro el lio de la última rapiña. Sin duda después de su derrota en la alcoba de misia Jeromita, considerándose descubierto y perdido, determinó escapar antes que naciera el sol y se iniciaran las ya inevitables consecuencias de su bellaquería. Figurábenselo levantarse maltrecho y embarrado del sitio donde le derribó el fiero empujón de Pantaleona, colarse en su cuarto y proceder febrilmente á amontonar en un atadajo la mejor ropa, cuanto era de su uso y podía cargar sin dificultad. ¡Lástima que el espejo no conservase la imagen del ángel malo que en aquel momento debió de reflejar, desfigurado por la rabia del vencimiento, los azules ojos torvos y amenazadores, los finos labios contraídos, el dorado cabello revuelto, las líneas todas de su cándida fisonomía endurecidas y siniestras, convulso, desesperado, escupiendo al cielo su maldición, plegadas las alas ya impotentes! Con el lio bajo el brazo, se arrastraba hasta el jardín, y allí el recuerdo del cerrado portón y de la condenada puertecilla le detenía, le trastornaba, le enfurecía: de un extremo al otro, como encerrado lobo que busca una rendija libertadora, iba del portón al corral, y acaso su blanca manecita se lastimó en los garfios protectores, y fué ofendida por las groseras defensas de la tapia; el tiempo le metía prisa, y del corral al portón seguía huroneando, cada vez más rabioso, tentando, ensayando, discurriendo, ya encaramado en una rama, ya derribado entre el lodo. Al fin decídese á desarmar la bien guarnecida crestería, y la desarma á costa de su piel, que se desgarró y sangra, y se empina, se aferra, se esfuerza, ruge, trepa, llega, salta, y se hunde en la negrura de la noche...

Misia Jeromita vaciló, embrolláronsele las ideas, se la turbó el sentido, y ante su vista, objetos y personas danzaron, se agrandaron, se confundieron y sufrieron transformaciones singulares: vió á D. Nepomuceno sin cabeza; dividida en dos, á Pantaleona; adornada á Aurora con las lanas de *Diamela*, y á ésta hablar por boca de la mulata; los tres personajes italianos saludaron desde sus marcos, animándose sus colorines de cromo, y hasta el armario se movió para enseñar la vacía entraña, y anduvo la cama sobre sus cuatro patas, y fuera los árboles corrieron como fantasmas. Creyóse ella también prisionera, en desesperada busca de luz y de aire, perseguida por la risita sardónica del padre Anselmo, que vestía sus hábitos de franciscano apócrifo, por ambos Neros y Barbarossa, por Pietro y Giacomino, mofadores é insolentes.

Huía de ellos, y con ellos tropezaba en todos lados; luego le pareció que caía de muy alto, y en vez de chocar en el duro suelo, de brazos cariñosos era recogida y cerca escuchaba voces que no figuraban ser las de sus enemigos. Y sentía en la frente algo muy fresco, lo mismo que si uno de los ángeles de

Dios, de los buenos, de los que en torno de su trono cantan y le guardan, la abanicara con el ala de plumas irisadas, y envolverla sano perfume, que arroja de sus fosas nasales, como enjambre de gusanos, á los que en ellas los perversos botes del toscano habían depositado. Lleváronse en seguida, con precauciones tan grandes y tan grande silencio, que no gastaran los demonios si se apoderasen de ella, ni sus burlones enemigos tampoco, y sabiéndolo ella vagamente, no se resistió á que la llevasen, abandonado el cuerpo y el alma inconsciente casi; y cuando la dejaron sobre tibias blanduras que convidaban al reposo, se entenebreció más su cerebro y le poblaron nuevas visiones.

Desaparecieron el padre Anselmo, Barbarossa, los Neros, Pietro y Giacomino, y surgió la prima Socorrito y su padre D. Jesús con el sable guerrerador y la turba toda catamarqueña. Con éstos, las dos Cadenas y el cotarro de vecinas charlatanas. Todas reían estrepitosamente, y hasta los objetos inanimados mostraban bocas enormes para reír; reíanse todos, carcajada universal que atronaba el espacio.

El frescor que oreaba su frente dispuso las sombras fantasmagóricas, y á éstas sucedieron lucecitas de colores girando y girando en continuo movimiento; extinguióse el eco burlón, y alzaronse otros cercanos y reales, de pasos y sollozos. ¿Lloraba el ángel bueno de las plumas irisadas? Quiso tocar su mano, para ampararse de ella en el caos en que se hallaba, y lanzó angustioso grito al sentir que la mordían cruelmente en el brazo, mordisco atroz, por donde brotó un chorro de sangre. ¡Qué dolor! Ángel no era aquel, porque los ángeles no hacen padecer; era la Mentira, con su fea catadura de vieja hipócrita; la Mentira, su madrina y obligada compañera de camino, que se rebelaba contra ella y en la carne le hincaba las garras.

Agitóse profundamente y otra vez se despeñó en el delirio. Las coloreadas lucecitas juntáronse y formaron una hermosa figura, la de Fortunato, el Fortunato de los primeros días, dulce, rendido, hipnotizador supremo de voluntades, que la seguía á ella amoroso; luego, ella le seguía á él, cambiado en otro Fortunato distinto, y él corría y ella también, y cuanto más corría él y le perseguía ella, más cambiaba y se desfiguraba y afeaba el Fortunato prófugo y más distinto aparecía del Fortunato enamorado... Y le veía saltar sobre la tapia, y á caballo sobre ella desanudar las cuatro puntas del lío, para sacar el misterioso contenido, que no era ni ropa, ni alhajas, ni dinero. Lo que se había llevado Fortunato era la honra de misia Jeromita.

## X

El médico inglés (cuyo nombre no ha pasado á la historia) diagnosticó la enfermedad con un sustantivo cualquiera, al que puso de cola ó sufijo el *itis* correspondiente; pero es lo cierto que misia Jeromita se moría de vergüenza (devolviendo á esta frase, que el abuso ha hecho vana, su verdadera expresión), de chafado orgullo y de amor burlado, contra los cuales ni la farmacopea ni la ciencia pueden ejercer acción defensiva ó curativa. Cuatro días y sus cuatro noches llevaba la señora en pugna con reales é imaginarios enemigos, consumida por la fiebre; y al revés de don Quijote, que al aproximarse la muerte recobró la razón, ella la perdió del todo, sin duda por causa del amor mismo, llamando en su delirio á Fortunato, y con el nombre y el recuerdo de Fortunato abrasándose más que con la calentura. Le llamaba para regañarle dulcemente, ofreciéndole perdón y olvido, cuanto él deseara y exigiera, siempre que volviese al Caballito; decía á todos, sin reconocer á ninguno: «¿Ha venido Fortunato? ¿Está Fortunato? ¿Quiero ver á Fortunato!...» tan ansiosamente, ya con lágrimas ó desesperado esfuerzo, que D. Nepomuceno se emberrinchaba, á pesar suyo, y afligíase Pantaleona de tanto desatino.

Fuera de las horas que el empleo le exigía, las dedicaba todas Monreal á la asistencia de la prima y á la compañía de la joven, que, sin él, se viera sola con Aurora, pues ninguna de las vecinas se hizo presente, ni de palabra. El día que sacramentaron á misia Jeromita acompañó á los santos óleos únicamente el monaguillo, lo que amargara aún más el alma de Pantaleona, si no pusiera toda ella en la consoladora visita que recibía y en los preparativos de religioso agasajo en obsequio de Aquel que rechazaba el estado mental de misia Jeromita; de rodillas, é inclinada la frente, contempló los detalles todos de la lúgubre ceremonia, y cuando en la boca de la moribunda trazó el sacerdote la cruz de aceite, pronunciando el nombre de Jesús, y ella, poseída del demonio, opuso al nombre divino el del toscano, hundió

la cabeza entre las mantas del lecho y rezó ahogada por el llanto.

Las fatigas de la asistencia y los temores de un desenlace en que nadie dudaba ya, abrumaban á Pantaleona. ¿Qué sería de ella cuando muriera misia Jeromita? Volvía tímidamente á D. Nepomuceno, el único arrimo posible y la sola protección con que contaba en el mundo, y aquellas ideas despertadas por la noticia de su viudez saltaban al punto, turbándola, desanimándola y haciéndola bajar los ojos, como avergonzada de un mal pensamiento: huía entonces, con el vaso de agua azucarada ó la pócima en preparación, más confusa é inquieta respecto de su destino que en los dos meses últimos de rebeldía. Pero antes de que recogiera la mirada y diese la espalda, D. Nepomuceno había pescado, si no la causa del movimiento, la brusquedad de éste y la contradicción del gesto, y quedaba sobando la perilla mucho rato.

Porque igual reconcomio inquietaba á D. Nepomuceno: sí, ¿qué sería de Pantaleona cuando misia Jeromita muriese? ¿De qué manera podrían conciliarse los impulsos del propio afecto, los escrúpulos indudables de la joven, los deberes sociales y el interés, que exigía la perpetuidad de la mentira? Parecía todo esto de tan difícil amasijo, que el digno empleado no daba paz á la capilácea compañera. En sus paseos desde la cama de la prima á la puerta y por el triste jardín, mientras Aurora en la cocina y Pantaleona en la alcoba proveían á los menesteres del momento, añadíase á estas cavilaciones otra tan grave, formulada por una pregunta, que las manos subrayaban con golpecitos nerviosos: ¿existiría el testamento otorgado por misia Jeromita, cuando ambos acordaron el solemne compromiso en favor de la hija secreta? Y de tal pregunta se derivaban, naturalmente, estas otras: ¿habría obcecado á la prima su demencia hasta destruirlo ó anularlo para dar á Fortunato lo que quitaba á Pantaleona? Si la razón de la enferma se aclarase, con ella se despejaba también la duda, y la falta, en caso de haberla, sería de seguro remediada; pero, lejos de ofrecer esperanzas de mejoría, la locura, ó llámese inconsciencia febril de misia Jeromita, amenazaba terminar con la vida misma.

Cuando el médico le anunció, con reserva, que el fatal desenlace era ya cuestión de días, se quedó helado Monreal: la responsabilidad de sus errores juveniles, como enorme piedra, le cayó encima de golpe, haciéndole flaquear. Sí, ¿qué iba á ser de Pantaleona? Y si estaba desheredada, ¡qué porvenir el suyo! Pidió el llavero á la muchacha, y en las dos cómodas, en el armario, en un baúl y en cuanto mueble había en la casa rastreó el documento codiciado sin hallarle; varias veces renovó la pesquisa yendo del baúl al armario y de una cómoda á otra cómoda, y cada vuelta de llave estéril afirmaba en él la idea de la anulación y de la transferencia al pícaro italiano. Pantaleona le veía abrir y cerrar, muda de sorpresa, pero él poco se cuidaba de explicarle nada; al contrario, con más ardor, cuando tropezaban sus ojos, seguía husmendo por todas partes, y con voz muy baja, emocionadísimo, la preguntaba dónde tenía costumbre de guardar la prima sus valores. ¿Dónde? ¡Cualquiera lo sabía! Debajo de un ladrillo, en un hueco de la tapia, en el resquicio de una viga de la techumbre..., en sitios escondidos, donde á nadie se le ocurre llegar. Y D. Nepomuceno se desesperaba. Se marchó á su empleo, seguro de que no existía el documento, calculando las mil dificultades para reivindicar los derechos de Pantaleona y dejar tapado lo que la honra de la familia y el interés querían que continuara en secreto; el interés sobre todo, puesto ya á discurrir sutilmente cómo engañar al Estado para sacarle la transmisión de la pensión famosa, causa de tanto desacierto y malaventura.

Por la tarde volvió dispuesto á recomenzar la pesquisa; darse él á partido, abandonar la acariciada ilusión de Leoncita feliz y con suficientes recursos para vivir desahogadamente. Encontró peor á misia Jeromita, y sin contestar á las preguntas de la muchacha desolada, se fué al jardín á inspeccionar piedras y ladrillos, arrastróse bajo el cobertizo, subió á la azotea... Seguramente, el testamento no existía. Mohino y preocupado tornó á la alcoba y se apoyó en el respaldo de la cama en que la señora agonizaba; y como del boliche de bronce colgara aún la falda negra de su uso diario, la cogió para entregarla á Pantaleona. La cogió y la sintió pesada: deslizó la mano en el bolsillo, vació, y palpó el ruedo, abultado sospechosamente; entre la percalina y la lana crujieron los escondidos papeles, que descubrió temblando D. Nepomuceno, y pasó á examinar á la sala con la libertad y calma necesarias. Era el primero la escritura de la casa, otro la falsa partida de matrimonio y el último el buscado documento, intacto, el mismo he-

cho bajo su dictado é inspiración, con la resuelta firma de la madre á quien Amor no pudo vencer completamente.

Sucedía esto el 6 de Junio, entrada ya la noche y por lo mismo en tinieblas la sala, de modo que el mezzuino resplandor de un farol de la acera fuera insuficiente para el interesante examen, si la memoria no supiera á la vista en el reconocimiento de cláusulas inolvidables. Guardó el papel en su cartera y volvió á la alcoba, más tranquilo, ensanchado el pecho, templadas las fibras del corazón y con un picor en los lagrimales que, por impropio, se empeñó en calmar contrayendo los párpados; pero no apartaba los ojos del cadavérico semblante de misia Jeromita sino para acariciar con ellos la dolorida figura de Pantaleona, arrodillada á la cabecera, y cuantos esfuerzos hacía porque se distrajera la imaginación y evitar el desbordamiento de su amargura fracasaron, cayendo gota á gota sus lágrimas, que él ocultaba con la mano. El peso de sus culpas abatió su cabeza... Vió á la abandonada prima de Catamarca luchando entre su juventud y sus deberes de madre, y por salvar la honra acogiéndose al amparo de la mentira, abdicando todos sus derechos, dejando marchitar en silencio sus hechizos y sus ilusiones. Guerra de muchos años, tanto más terrible cuanto más sofocada, y que la madurez de la edad, al debilitar las energías, como el torrente que socava la entraña de la tierra y se abre paso, dejó triunfar al cabo. El, menos que nadie, podía arrojarle la piedra de la censura.

Sintió conmiseración profunda D. Nepomuceno y grande alivio llorando las faltas de la prima, que eran las suyas propias. Pensó (porque en estas ocasiones en un solo revuelo del pensamiento se abarcan horizontes infinitos), pensó en que la muerte de la desventurada señora marcaba para él la hora de la expiación, y sería ésta completa haciendo ante la hija confesión general, que, disculpando resoluciones ulteriores y ya ineludibles, quitaba todo pretexto á repugnancias naturales que adivinaba. Pensó también en que en aquella hora suprema, lo que el labio maternal no acertaba á expresar y seguramente hubiera expresado de estar la razón libre de sombras, á él tocaba descubrir, porque el primer beso de la hija borraría milagrosamente el estigma del pecado.

Le oyó agitarse Pantaleona, y le miró con el triste interés con que seguía aquellos días sus extraños manejos: y no cuidándose Monreal de mostrar sus lágrimas, la hizo señas de que se levantara, la cogió por la cintura y blandamente la empujó hacia un lado: ella, creyendo que la arrancaban del de misia Jeromita porque no asistiera á sus últimos momentos, se resistía, y desesperadamente quiso tornar á su puesto de vela; pero D. Nepomuceno la obligó á que se estuviera apartada, y sin soltarla las manos, que apretó febrilmente, la preguntó sofocado:

—Leona, hija, ¿qué vas á hacer?

A la sola luz de la lamparilla de aceite, única que alumbraba la alcoba, la media cara del primo, en que parecía reflejarse todo cuanto la otra media escondía, asustó á la joven, espantándose de lo que sospechaba iba á decirse...

—¿Qué vas á hacer, Leona?, repitió Monreal. ¿Sabes que Jeromita se muere? ¿Sabes que quedas sola en el mundo? ¿Qué vas á hacer?

Ella resumió todos sus dolores, sus dudas y vacilaciones en esta frase desconsolada:

—¡No sé!

Juntó entonces D. Nepomuceno su cabeza con la de Leona, y reteniéndola, pues ella se esquivaba, la ofreció el asilo de su casa y la custodia de su cariño, entrecortadas las palabras, tartamudeando de emoción: no quedaba sola, no viviría sola; á su lado por siempre, en su amante compañía eternamente. La muchacha le rechazó decidida, exclamando:

—¡Nunca!

Y D. Nepomuceno lloró. Pantaleona no olvidaría jamás el eco de aquellos sollozos en la misteriosa penumbra, aliándose al rumor del palabreo febril de la enferma, ni los sacudimientos de aquel cuerpo robusto encorvado por el dolor sobre la butaca; ni el rápido movimiento con que se incorporó y vino hacia ella, que retrocedía, acercándola de nuevo la extraña faz, que le pareció toda negra. Y jamás olvidaría tampoco lo que escuchó luego, y cuanto en la breve confidencia, mientras sus manos, prisioneras en las de él, se enfriaban y sudaban de congoja, sintió y sufrió, sorprendida, espantada, absorta; poco á poco, como la luna que el nubarrón descubre, la misteriosa faz se iluminaba, resplandecía, y su mirar era otro mirar y otra sonrisa su sonrisa, cambiando de tal modo, no sabía si real ó imaginariamente, que la carátula del primo Nepomuceno cayó ante su vista y desenmascarada apareció distinta persona.

Aflojósele la voluntad, y D. Nepomuceno hubo de cogerla en sus brazos. Pantaleona ya no se resis-

tía, y sólo por instinto apartó de sí la boca pedigrüna que mendigaba una caricia. Quiso ordenar ideas, rebuscar pasadas sensaciones y recuerdos, que dieran algún fundamento á la revelación extraordinaria, y no podía, idiotizada. Turbadísima, huyó de él, y en el descompuesto semblante de la madre buscó la confirmación de la verdad. Apasionadamente la besó... Pero misia Jeromita deliraba y no la conocía. Y antes de mediar la noche lúgubre, el nombre de Fortunato se escapó con el último suspiro de su boca, sintiendo Pantaleona, abrazada á ella, y D. Nepomuceno, que la Muerte pasaba...

El estado de estupefacción en que cayera luego Pantaleona, permitió que, sin gritos ni esfuerzos, la arrancasen de la cámara mortuoria y la decidieran á recogerse en su alcoba; de nada se dió cuenta, ni del transcurso de las horas: alboreó el día, salió el sol, vino la noche y tras de ella el nuevo día, y la luz y la sombra la encontraban echada en el sofá, con la misma fijeza reflexiva en los ojos secos, que relampagueaban singularmente cada vez que Monreal se acercaba en humilde ademán. Volvíase disgustada, mordiéndose los labios, y cuando él, agobiado, se marchaba, gemía por aquella idea rencorosa que en la balumba de su cerebro sobreponíase á todas las otras. Figurábasele que odiaba á Monreal, desde que lo sabía todo. Y ella se horrorizaba de este sentimiento instintivo contra el que hasta entonces creyó su primo; mas no se paraba á analizarlo ni á combatirlo, y recibía á Monreal y le despedía en la misma actitud silenciosa que la visita de la luz y de la noche. Varias veces intentó forzar la consigna que la separaba de la muerta, pero ni su voluntad ni sus fuerzas la ayudaron.

Así no se enteró del día y la hora que enterraron á misia Jeromita, ni dónde la enterraron, ni quiénes fueron. Se lo dijo D. Nepomuceno, y este anuncio de la eterna separación tuvo la virtud de abrir la fuente de sus lágrimas, arrastrando la corriente de su dolor cuantas impurezas la obstrucción había amontonado, entre ellas el feo sentimiento rencoroso. El la preguntó de nuevo qué pensaba hacer, y ella, resignada y abatidísima, contestó que lo que él quisiera; sólo opuso recelos de que el público juzgara mal su conducta, es decir, si al público se le seguía engañando respecto de su verdadera situación.

—Al público nada le importa, replicó sombriamente D. Nepomuceno. Mi edad es la mejor garantía y suficiente para trabarle la lengua. Y si no, á ambos nos basta con la propia conciencia. Además, debemos callar, no sólo por nuestra pobre Jerónima, sino por los proyectos que guardo. Leona, hija mía, en esta semana nos mudaremos.

Pantaleona calló. Y como el horrible vacío de la casa le entrastecía, dióse prisa D. Nepomuceno á buscar otra, en barrio igualmente lejano del Caballito y del Salvador, en cuyas cercanías habitaba misia Mercedes, lo que le llevó á parar al de la Concepción, en pleno Sud soñoliento, donde alquiló una en la calle de Chile, muy mona, baja, con dos patios y muchas comodidades. Los muebles del Caballito y los de la calle de Montevideo bastaron para alhajarla de manera casi lujosa; y en una mañana de niebla, que les defendía de la curiosidad de aquellas Marías, los tres diablejos soplones de la vecindad, colocados los papeles de alquiler en las ventanas, encerrados en una cesta los mininos, *Patitas blancas* y *Barcino*, sujeta *Diamela* por el cuello y despedida Aurora, cuyos servicios no convenían ya, se trasladaron á la nueva casa.

Hay que decir que todo esto lo ejecutó Pantaleona maquinalmente; obedeció y seguía á Monreal sin discusión, y mientras se ocupó en las tareas de la mudanza, los graves acontecimientos que en pocos días revolucionaron y transformaron su vida no fueron objeto del examen que merecían é imposibilitaba su estado de ánimo. Pero cuando quedó cada objeto en su sitio, puesto el último clavo y la serenidad de la nueva existencia establecida, el alma se despertó de aquel letargo; con los recuerdos de la triste noche en que murió misia Jeromita, acudieron otros más lejanos, de la época de su niñez, escenas inocentes, frases que enseñaban ahora la intención, todos en tropel para testificar de la verdad jamás sospechada, tan bien oculta que nada pudo denunciarla, á prueba de arranques, estímulos ú olvidos que la vendieran. ¡Dolorosa comedia! Comprendiendo muchas cosas que antes parecían dudosas ó inexplicables, pudo apreciar aquel primer movimiento suyo de rencor contra el padre, que la había negado su verdadera

condición y causado, sin duda, la desgracia de la que en realidad no usurpó el título que por sus cuidados maternales le confirió la gratitud. Sus pasadas rebeldías la confundían y avergonzaban... Y víctima de la mentira, consumiase en el más penoso afán, cual es el de juzgar al padre y á la madre.

Con D. Nepomuceno andaba desconfiada y huraña: le quería como antes, acaso más que antes, pero le respetaba más y le temía como nunca le había temido. Mirábale á hurtadillas, le hablaba poco, y más á gusto parecía lejos de él que á su lado; las familiaridades anteriores, las donairosas salidas eran hoy comprimida reserva y miedoso silencio, que su traje de luto, su palidez y su tristeza acentuaban y hacían más patentes á cualquiera menos observador que don



Y D. Juan Nepomuceno estampó sobre la frente de Pantaleona el primer beso paternal de su vida

Nepomuceno, quien, comprendiéndolo, se callaba, aceptando el cambio como el más duro y merecido castigo.

Así, nunca, ni por incidencia, casualmente ó de propósito, se mentaron en sus escasas conversaciones los sucesos pasados, ni se explicó lo que faltaba aclarar y disculpar, sellando la boca á Pantaleona la discreción y el respeto, y á Monreal su propia conciencia.

Pero, en medio de esta tirantez inevitable, complaciase el viejo de su nueva vida, del orden que en ella reinaba, gracias á la hacendosa niña, y tomando buenamente lo que el destino le ofrecía, sentíase feliz, á pesar de todo, junto á la hija, cuyo recuerdo en la oficina y su vista en la casa le embelesaban; y cuando entraba por el patio, de vuelta de la sujeción diaria, venía alegre como chiquillo á quien espera la golosina cariñosamente guardada.

Los grandes sacudimientos morales, sólo en la comunión del alma con Dios se apaciguan; otro amor, otra confianza menos altos la reemplazarán en aquellas enfermas de tibia ó de la despreocupación que ha impuesto la moda: fuera tibia la de Leona también (y á la verdad, ni ejemplos, ni enseñanzas labraron más que la costumbre de prácticas superficiales, cumplidas según el capricho), no contaba ella con nadie que la fortaleciera, aconsejara y consolara en la medida que sus penas y sus escrúpulos demandaban angustiosamente. En sus horas de soledad, cuando terminado el avío doméstico la ociosidad permitía el libre funcionamiento de la imaginación, el toque de la campana de la iglesia, cuyas torres con montera de azulejos distinguía desde la ventana, la recordaba que allí cerca moraba el único Amigo del desgraciado y del triste.

Pasó muchas horas en la Concepción, una de las tantas iglesias sin carácter de la capital, vulgar hacinamiento de ladrillos, cuya falta de arte la pintura mercenaria, substituyendo el oro y los colorines al humilde enjalbegado, ha pretendido disculpar con el lujo... Allá iba envuelta en sus crespones; por la ma-

ñana, luego de dar el desayuno á D. Nepomuceno y sus órdenes á la criada gallega que les servía, y por la noche, algunas veces, con el permiso de D. Nepomuceno, quien solía acompañarla. No llevaba Pantaleona en estas visitas á la divinidad libro ni rosario, que le marcaran la oración vulgar, leída de corrido ó dicha de memoria; sino que se complacía, desde el rincón más obscuro, en mantener dulce diálogo mental acerca de un proyecto que la desesperación y el dolor engendraron y se desarrollaba al influjo del ambiente místico, saturado de incienso.

Una mañana (al mes justo de la muerte de misia Jeromita, ó sea el 6 de julio), como saliera ella de la iglesia, recogido el velo, y á punto ya de atravesar para su casa, dió el gran encontronazo con aquella Sebastiana del Caballito, la que plantó seguidamente la cesta en el atrio, con tales aspavientos de regocijo y poderoso tufo de cebolla, que la muchacha retrocedió.

—¡Ay, niña de mi alma!, exclamó la mujer.

—¡Bastiana, pobre Bastiana!, murmuró Pantaleona.

—No me diga usted nada, niña, ya lo sé, ya lo sé...

Y apartándose un poco, restriega que restriega los ojos con el delantal, charló más de una hora: que esperase su ama la vuelta de la compra, ¡después de tanto tiempo que no veía á la niña de su alma! Ya lo creo que lo sabía todo: la fuga de *sua eccellenza*, el príncipe florentino, la muerte de la señora, la mudanza de casa; porque si ahora servía en el barrio á una médica criolla de muy mal genio, hasta fines de junio estuvo en el Caballito, con una familia amiga de las de Cadenas.

—¿Se acuerda usted, niña?

—Sí, sí, dijo Pantaleona poniéndose amarilla.

Pues las Cadenas, naturalmente, habían seguido las peripecias todas del famoso hospedaje de las de Pérez Orza con interés malévolo, sobre todo, la gorda misia Elvira, que, como del oficio, las cortaba unos sayos y capirotos muy reídos luego y admirados en la vecindad; Dolorcitas era la encargada de exhibirlos, yendo de casa de la *Escopeta* á la de Blumen, y de ésta al observatorio de las Marías con el consabido: «¿Pero no saben ustedes? Ahora resulta...» Al principio, Jorgito andaba de murria y no tomaba parte en la noble campaña; hasta parece que tuvo con las mujeres disputas y gritos por esta causa. Pero de buenas á primeras, se volvió tan furioso como ellas, y haciendo el mismo

uso de la pluma que ellas de la lengua, dicen que en *El sí de las niñas* disparó ripios y asonantes contra Pantaleona, lo que era tirar al aire, porque ningún cristiano lo entendía.

En estas y las otras, á misia Elvira se la quitaron las ganas de despellejar á trochemoche... ¡Castigo de Dios!, según afirmaba Sebastiana sentenciosamente. Diversos rumores corrían del suceso: unos favorables, otros contrarios, mas categóricos todos respecto al hecho capital; que le pescara con caña en la ventana, ó fueran las Marías las encubridoras y en su casa le conociera y se citaran, lo indudable es que por una carta que interceptó misia Elvira, llegó á averiguar las relaciones, si honestas poco ventajosas, entre Dolorcitas y un pobrete empleadillo del gas, quien, á falta de buen nombre, ni buena figura tenía. ¡Qué ignominia! Aún resonaba en el Caballito el eco de las críticas, murmuraciones, dichos y lengüetazos profundos, que tumbaron á las Cadenas de su tribuna de censoras impecables. Suceso que las puso á mal con sus aristocráticas amistades de la ciudad, y en el que hubo de intervenir, sin resultado, su pariente Sangil. Total: que se casaban prontito, á despecho de la familia entera.

Pero misia Elvira estaba inconsolable. Y fuera de sí Jorgito que, por no sancionar alianzas que le humillaban, acudió á su papá el Estado, pidiéndole le diera fuera de la República otro empleo digno de sus recomendables servicios. Decían que el bondadoso papá se enterneció grandemente, é iba á nombrar á Jorgito secretario de legación en una corte europea, donde luciría sus exquisiteces decadentes y unas polainas color de te con leche, de lo más *fin de siglo* que el refinamiento parisiense había creado.

Es imposible copiar la manera como refería Sebastiana todo esto, en el singular calor que la mezcla del gringo y del criollo ha producido para desesperación y agravio de puristas y filólogos; el expresivo manoteo con que acompañaba cada palabra, hozando gustosamente en el lodazal de la chismografía, desagradó á Pantaleona, que apenas dijo:

—¿Has visto, Bastiana? ¿Has visto?

Distraída, miraba al cielo, dorado por el sol purísimo, pensando en cosas más altas, con impaciencia denunciadora del escaso interés que la prometían los milagros de las Cadenas. ¡Las Cadenas! ¡Cuán lejos de ella estaban ya, y el Caballito, y su pasado! ¡Tan torpe era la fregona parlanchina, que no lo comprendía, ni reconocía en su velo negro la señal de su transformación extraordinaria! Bruscamente, la italiana preguntóla dónde vivía ahora, y con quién vivía, pues acerca de este punto quedaron todos en duda; y antes de contestar, se encendió la joven de vergüenza, como si fuera reo de algún delito.

—Aquí cerca, Bastiana, en la calle de Chile, balbuceó, puedes ir á verme cuando quieras. Estoy con... el primo Nepomuceno.

—¡Hola, hola!, replicó la criada.

—Nepomuceno es aquí mi único pariente y un anciano respetable, añadió Pantaleona, rechazando con dignidad á la malicia. ¿Quién mejor para ampararme en mi orfandad? Adiós, Bastiana, y que tengas buena suerte.

La mujerona quiso abrazarla, y ella se resignó á que le rozara la mejilla su morro baboso y mal oliente. Separáronse en el mismo atrio, y cargada Sebastiana con su cesta y Pantaleona con sus pensamientos, se alejaron; Pantaleona, calle del Tacuari arriba, muy despacio, sin que el frescor de la mañana, que era frío invernal por la acera que ella llevaba, templase el fuego encendido al choque de la mala intención de su antigua cocinera, eco inconsciente de la opinión pública, y que la quemaba aún bajo el velo. Parece que el espíritu colonial, victoriosamente desalojado del Norte, hubiérase refugiado en la parte Sud de la gran ciudad, entorpeciendo iniciativas é imponiendo el silencio, de modo que no sea turbado el sueño de este mal enemigo del progreso; cuantos pasaban andaban de puntillas, ó el rumor de sus pisadas en la calle desierta lo fingía, estremeciéndola toda el más insólito de algún carromato como en aldea tranquila, en que cualquier ruido sorprende, y así es antitesis del Norte bullicioso, donde hierve la agitada vida moderna.

Iba, pues, Pantaleona muy despacio, cuando el estrépito de un tranvía la distrajo y un fulgor repentino, de piedra que chispea al sol, la dió en los ojos, cegándola; el tranvía pasaba junto á ella, y el relampagueo de la piedra la deslumbró otra vez: ella conocía ese coral rosado con la orla de diamantitos, ese alfiler de corbata que la saludaba de lejos... Miró bien á la plataforma, al grupo de viajeros, y descubrió al ángel malo, á Fortunato Lucca, en toda la insolencia de su bellaquería impune. El espeso crespón impedía que la reconociera, y sin embargo, volvió la cara la muchacha, con angustioso temblor de todo el cuerpo y tan grande mareo, que se amparó de una reja próxima. Pasó el tranvía, desapareció la visión ingrata, y el alfiler de piedras continuaba chispeando en la obscuridad de los ojos cerrados, penoso recordatorio de sucesos no descifrados del todo é incomprensibles.

Cuando llegó Pantaleona á su puerta había resuelto irrevocablemente muchas cosas. Es á veces sorprendente cómo la voluntad, parada é indecisa largo tiempo, en un instante, aspada rueda que un golpe de aire hace girar, se mueve de pronto en determinado sentido bajo la influencia de un acontecimiento fortuito y sencillísimo; de los dos encuentros de aquella mañana, el último, sobre todo, perturbó á Pantaleona en modo tal, que en el escaso trayecto que hasta su casa faltaba, desde el sitio donde amparada quedó á la reja y desfallecida, recorrió fácilmente el de una determinación que un mes de vacilaciones le había costado. Decidió no decir nada del encuentro con Fortunato á D. Nepomuceno, pero sí hablarle de aquello otro conforme la ocasión propicia se presentase y en la forma que menos lastimara al pobre hombre.

Hallábase éste en el patio tomando el sol, y la recibió con un «Pero, hija, ¿en qué piensas? El comer los santos te hace olvidar la hora de alimento más necesario: son las diez y media...» que obligó á Pantaleona á excusarse y dar por único motivo de su tardanza el palique de Sebastiana en el atrio de la Concepción, sin añadir más detalles; se quitó el velo en el mismo comedor, fué á la cocina para activar el almuerzo, que debía estar listo á las once en punto, y volvió al comedor en que D. Nepomuceno la esperaba con evidentes ganas de charlar. Ella lo notó y, como de costumbre, trató de escurrirse hacia su alcoba.

—Leona, ven acá, muchacha, ¿por qué huyes?, dijo resentido Monreal.

Retrocedió lentamente Pantaleona; pero no le miró, y Monreal se acercó á ella, le cogió la barbilla y le hizo levantar la cabeza para que le mirara frente

á frente... ¡Ah! ¡De veras, de veras prefería la Leona de antes, la risueña y franca del Caballito, á esta ensimismada y triste de ahora! ¿Qué tenía? ¿Qué pensaba? ¿Qué quería? Viera en él siempre al primo Nepomuceno, ya que el cambio de título había producido aquel otro tan doloroso. ¿Sabía que su actitud era una protesta, una queja contra él? ¿Quién autorizaba á sus pocos años para ser juez de hechos que no podía comprender? Dulcificaba el tono de suerte que más parecía lamentación su discurso que regaño; pero la joven, con los ojos bajos, semejava una figura de piedra, por lo inmóvil.

—A ver, continuó D. Nepomuceno sentándose en el sofá, con ánimo de explayarse sobre un asunto que tanto le dolía, á ver, ¿qué chismes te ha contado Sebastiana? Que si misia Elvira, que si Dolorcitas... Tonterías, tonterías. ¿Y no te ha dicho que tu ex Jorgito se marcha á Europa de Secretario de legación? ¿A que acerté? ¿Y eso es, acaso, lo que te entristece y desalienta? Lo que... aún le guardas... (*rotundas negativas de la muchacha.*) ¿No? ¿Pues entonces?.. Las penas que son resultado de sucesos irremediables, y á que todos estamos sujetos, tienen un límite: se entibian con el tiempo y de ellas no queda



... tan grande mareo, que se amparó de una reja

más que un triste recuerdo; y aun en su mayor fuerza no conturban el ánimo, ni transforman el carácter de la manera que á ti la muerte de nuestra pobre Jerónima. ¡Ah, es que tú te encuentras, de pronto, cambiada en la hija de tu hermana y de tu primo, y en la nieta de tu padre! Horrendo y garrafal disparate, que sólo se le ocurre á un escritorzuelo de esos que inventan dramas de brocha gorda, y mal hilvanadas noveluchas. Pues no, hija mía, inocentona de mi alma; eso ocurre también en la vida, y si pudiéramos, como aquel diablo cojuelo que miraba por los tejados de las casas, ó fueran éstos de vidrio, si pudiéramos curiosear en cada una, ¿qué no descubriríamos? El que parece marido, no lo es, y tampoco esposa quien pasa por mujer, y quien por hijo, y quien por madre, y quien por hermano, no son lo que pretenden ser; las apariencias engañando siempre, y la mentira reinando en todas partes. Por generoso se empeña el mezquino que se le tenga, y por honrado el vicioso, por hermosa la fea, por robusto el flojo, por discreto el tonto, por joven el viejo. Esclavos somos de la mentira, y créeme, hija, tal cual está la vida social organizada (y ha debido estarlo antiguamente, digan lo que quieran las historias, que no he leído), no hay más remedio que mentir siempre, si queremos vivir y merecer algún respeto. Por algo nos pintan desnuda á la Verdad: la desnudez escandaliza. Yo mismo, que me considero un zángano en esta colmena inmensa, ¿no miento al fingir que trabajo, cuando lo que hago en la oficina, de doce á seis, es fumar y charlar? Y observa cómo del convencimiento de esta gran verdad nació mi oposición á tu matrimonio con Jorgito Cadenas, un pichón de zángano, y mi deseo de que á la sangre de los Pérez Orza se mezclara, para regenerarla, otra que viniera de más abajo, de donde brota el trabajo fructificador. Ahora bien...

Seguía, á este tenor, ensartando sofismas y agude-

zas, sin que Pantaleona se mostrara propicia á sus razones, ó al menos distinguiera alguna de ellas con señal de benévolo asentimiento; todo lo contrario: cuantas más vueltas daba él al asunto, aumentaba la tiesura de la estatua, y al cabo D. Nepomuceno temió acertar con el resorte que diera súbita salida al flujo amargo de aquella almita reconcentrada. Se retiró del palenque con visos de derrota, y ya la joven iba á hacer lo propio, satisfecha del triunfo de su silencio, cuando una nueva salida de Monreal la desconcertó.

—¿A que no sabes en qué he empleado mi mañana, dijo Monreal, mientras tú les contabas á los santos lo que á mí me ocultas? Ven acá, ven acá... Escúchame, que te interesa. Pues con el doctor Barbado. El doctor Barbado es miembro de la Comisión de Peticiones del Congreso, y era el único que me faltaba por conquistar y el más difícil, para asegurar la transferencia de la pensión de Jerónima á la hija soltera de D. Jesús Pérez Orza, la señorita Pantaleona, aquí presente. Es gran palanca este título de *guerrero de la Independencia*, y á pesar de las dificultades que ciertas circunstancias oponían, el doctor Barbado se rindió, y eso que el doctor Barbado es de los puritanos que tienen la manía de perseguir los abusos como agentes policíacos. Tengo, pues, á la Comisión en el bolsillo, que es lo mismo que tener al Congreso...

No acabó él de hablar, y ya la figura de piedra se había movido, como galvanizada, y venía á él en derredera, fulminando tremendas palabras.

—¡Jamás, Nepomuceno (no podía llamarle de otra manera), jamás me prestaré yo á eso! Lo rechazo, lo condeno. Es una estafa, un robo. Muerta de hambre me vea antes que consentir. O retiras esa indigna pretensión, ó salgo hoy mismo de esta casa. Trabajo honrado sobra para quien lo busca, y pan para quien lo pide. Aunque una Pérez Orza sea, no me asusta el trabajar. ¿Pretendes también á mí enredarme en la mentira, como á Jerónima? Te engañas, Nepomuceno; no podrás, no podrás. ¡Cuento con un recurso supremo, que me defenderá de ti y del mundo! ¡Y tal veo éste y con tales colores me lo pintas, y tan grande amargura y asco me inspira todo, que sólo entre las cuatro paredes del convento me juzgaré sana y salva!

Espantóse Monreal. Sólo con los brazos opuso resistencia á la descarga que reventó sobre su cabeza... Temblando, Pantaleona se calló. Y entre tanto recobraba Monreal la serenidad, se excusaba con balbuceos...

—¡Leona, hija, dispensa, óyeme! ¿Por qué dices eso? ¿Por qué?..

El era un hombre honrado, honradísimo. Ni en mientes le vino jamás atentar contra la hacienda del prójimo. Tampoco ejecutar acción alguna de estas que deshonoran de por vida. Desde pequeño vegetaba en una oficina, porque no servía para otra cosa, ó porque las circunstancias le fueron contrarias. Pero el no saber hacerse rico, ó descollar sobre los demás, ó subir á las cumbres políticas, no es ningún crimen que merezca castigo ni desprecio. Sus jefes le querían, sus compañeros le respetaban, y todos, y todos... Bueno, ¿de qué se escandalizaba ella entonces? De que tratase de sacar una ventaja del Estado, valiéndose de estos ó de los otros medios, y que en él confiara sólo y el peso entero de su vida le echara encima. Lo que todos hacen, lo que todos hacen, siempre que pueden. El Estado es rico, y granos de arena son para él tales beneficios, debiendo tener en cuenta además que lo que unos no quieren, por timoratos ó melindrosos, otros se lo toman. Y tanto agradece el Estado á los que le respetan, como á los que le roban. A veces, más á los que le roban, á quienes celebra, mima y encumbra. ¿Por qué, pues, renunciar á la pensión de trescientos pesos mensuales, que el Estado, con muchísimo gusto de su parte, estaba dispuesto á darla? ¿A qué meterse á revolver los orígenes de tal pensión, y si era ó no legítima? Cargara con la culpa el doctor Eneene, su egregio tío, y ellos con el provecho; que si ante el público pasaba por la hija única superviviente de un guerrero de la Independencia, menguada candidez sería no aceptar la espléndida generosidad oficial.

—Si no, hija mía, Leoncita injusta de mis pecados, ¿qué harás mañana que yo falte? ¿Te bastará, para vivir, con el alquiler de la finca del Caballito? Pensión por servicios míos no te alcanzará, pues todos ignoran la verdad de nuestro parentesco, y no has de salir revelándola á última hora, con desdoro de todos nosotros; te he oído decir que no quieres casarte, por más que el enlace con un industrial de estos que tienen el porvenir en el puño, fuera seguramente provechoso... Entonces, Leoncita iracunda y desagradecida, ¿así me pagas?, ¿así retribuyes mi cariño y mis desvelos, con palabras crueles y ame-

nanzas? (Levantándose y rodeando la mesa para acercarse á ella). Por supuesto que esas son bravatas, Leoncita perversa; ni tú me juzgas tan mal, ni tu oposición á la transferencia, ni lo del convento van en serio.

—He dicho, repitió con firmeza Pantaleona, que no sólo rechazo la pensión, porque no me corresponde y fuera indigno de mi parte el aceptarla, prestándome á una superchería, sino que decidida estoy á alejarme del mundo... ¡Poco puede preocuparme el porvenir!

—¡Ah, ah!, hizo D. Nepomuceno tartamudeando. De monjita..., de monjita, ¿eh?

—De monja, no; el rezo perpetuo, el encierro y la inacción, me matarían: de Hermana de la Caridad. Quiero servir de algo, probar que Pérez Orza y todo, puedo ser útil aún. Quiero ponerme á cubierto de la maledicencia. Además, los Pérez Orza tienen cuentas pendientes con Dios, y á mí me toca pagarlas.

—Y si yo..., ¿y si yo me opusiera?

—¡Bah, el primo Nepomuceno carece de todo derecho legal á oponerse!

La mesa los separaba, y clavado en un extremo, no se atrevió Monreal á contestar: como las olas en la playa, se atropellaron las palabras en su boca, desahaciéndose en ronco murmullo. Buscaba en el more-

no y agraciado rostro de la muchacha el leve signo que anuncia la sonrisa y atenúa la expresión, y le vió contraído como nunca le había visto: aquella figura de piedra, que decía tan duras verdades, le infundió pavor. Imaginóse que le arrojaban del paraíso y rodaba en el vacío... Se aferró á la mesa, instintivamente, mientras soltaba estas quejas, moduladas con el sentimiento de un niño que llora:

—¡Tienes razón! El primo Nepomuceno carece de todo derecho legal sobre ti; para ti no soy yo, no puedo pretender jamás ser otra cosa que el primo Nepomuceno. Hasta comprendo, para que mi castigo sea mayor, que me miras con prevención, no sé si con desconfianza ó con odio... Pues bien, Leona, Leoncita de mi alma, no lo merezco; los errores no son crímenes y los defectos de educación no son delitos. Yo no te pido á ti más que indulgencia. Si tienes memoria, convendrás en que he hecho todo lo posible por alcanzarla. Bueno. Eres libre, completamente libre. Hoy, mañana, cuando quieras puedes abandonarme. No te ocupes en lo que será de mí, solo y triste en el mundo: figúrate que vuelvo á caer en las manos de misia Mercedes y doña Manuela, manos mercenarias que no se negarán á cerrarme los ojos... Repito que eres libre. Y además, te advierto que serás obedecida; esta tarde quedará reti-

rada del Congreso la solicitud. Otra cosa... Dispénsame si me explico tan mal... Estoy nervioso, me ahogo... Si crees que mi permanencia en la casa te perjudica, también esta tarde puedo marcharme; á un pobre viejo no le falta muladar que le recoja. Hermana, hermanita de la Caridad... ¡ay! ¿por qué no la tienes conmigo? Ya me parece verte con la toca de alas blancas; llámame sor Angélica, el nombre que mejor te cuadra. Bueno, Leona, Leoncita mía..., figúrate que sor Angélica se encuentra un día á un pobre viejo, enfermo y arrepentido, que le suplica: «¡Hermana, tú que vas curando heridas por el mundo, sana las mías; apiádate de mí, hermanita y, por lo menos, acompáñame este poco trecho que me resta hasta la puerta del cementerio, que está allí cerca, y luego que me dejes acostadito en la tumba, continúa tu camino, sor Angélica; ya el pobre viejo no te molestará más, y dos almas, que la bondad de Dios habrá perdonado, te bendecirán allá arriba!

Las últimas palabras apenas se oyeron. La figura de piedra, conmovida intensamente, dejaba correr las lágrimas. Y D. Juan Nepomuceno estampó sobre la frente de Pantaleona el primer beso paternal de su vida.

FIN

PUBLICACIÓN NOTABLE

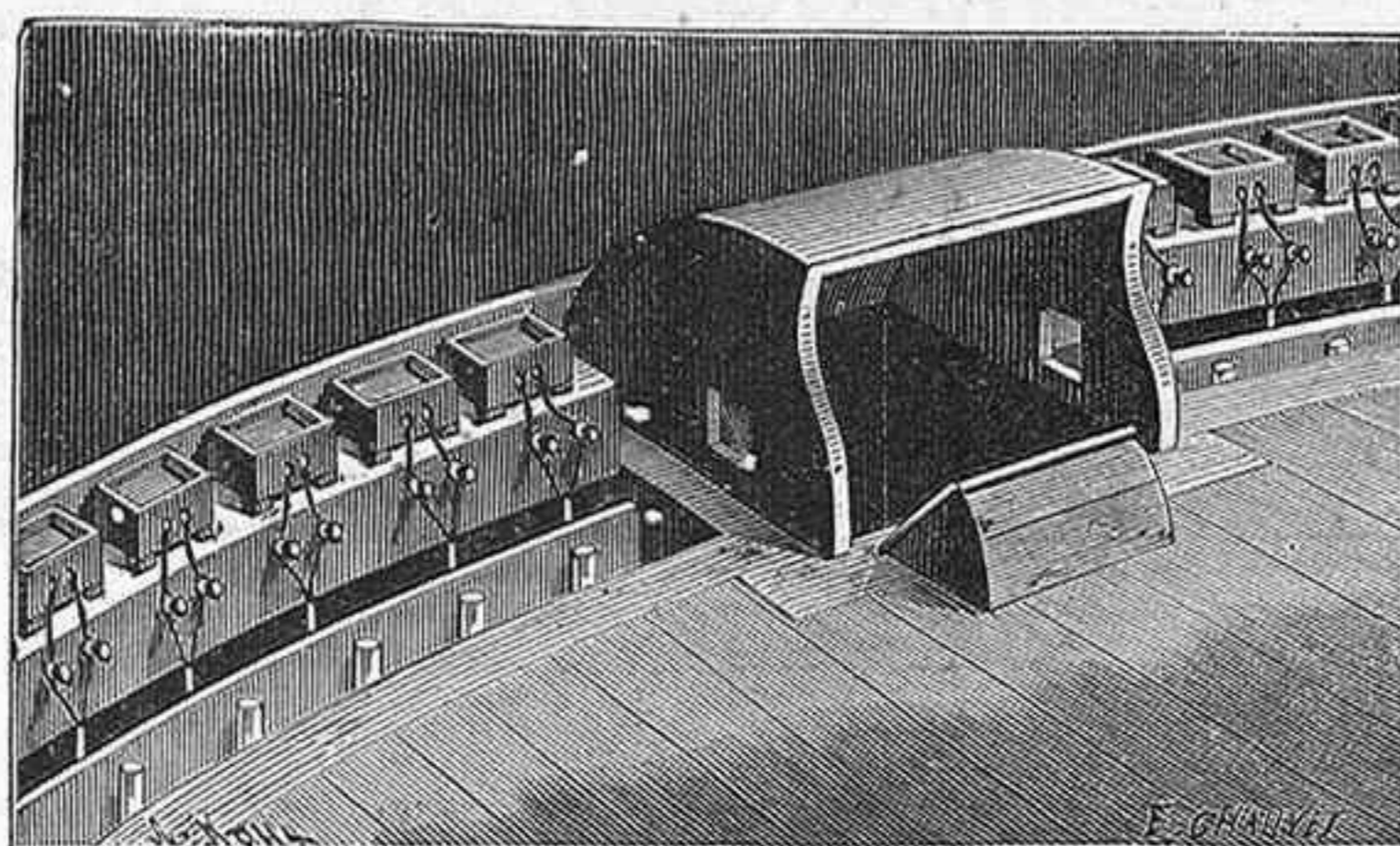
# EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas



Muestra de los grabados de la obra. — Audiciones telefónicas teatrales

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que

Físico podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra. Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadrados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor. Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

## ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acné, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

Frasco 5 fr. en Paris

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOGES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co B-St-Denis-40

**Reumáticos y Gotosos!**

Tratado de curaros con la Legítima

**PISTOIA**

**PLANCHE**

(DOS SIGLOS DE ÉXITO)

No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

**CURA la GOTA**

el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.

**F. la PLANCHE**

en Marsella (Francia).

En todas las Farmacias bien surtidas.

**PÍLDORAS MOUSSETTE**

Neuralgias, Jaqueca, Ciática.

CLIN y COMAR — PARIS

En todas las Farmacias. 650

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

**ASMA**

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

**PAPEL WLINSI**

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**AGUA LÉCHELLE**

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los Fújos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

## LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

**VALENTINA**, por *Laura García de Giner*. — Esta novela se lee con gusto desde las primeras páginas, y á medida que se avanza en la lectura aumenta el interés con que se va siguiendo la acción. Los personajes están bien estudiados, las escenas hábilmente dispuestas y el estilo del libro es elegante y correcto. *Valentina* forma parte de la Colección Diamante que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Antonio López, y se vende á dos reales.

**DISCURSO**, por el *Dr. D. J. Guzmán*. — Con motivo del aniversario de la independencia de la República de San Salvador, verificóse el día 15 de septiembre del año pasado una solemne recepción en el Teatro Nacional de la capital salvadoreña, y en ella pronunció el Sr. Guzmán, por encargo oficial del Supremo Poder Ejecutivo, un elocuente discurso patriótico, en conmemoración de aquella trascendental fecha. Este discurso, junto con una inspirada poesía de D. Vicente Acosta, leída también en aquel acto, han sido impresos en forma de folleto en la Imprenta Nacional de San Salvador.

**CANSONS**, por *Carmen Karr*. — Las cuatro nuevas canciones publicadas por la notable compositora Carmen Karr se titulan *Las aranyas*, *Non-Non*, *Cansó trista* y *Preludi de Primavera* y están escritas sobre bellísimas poesías de Apelles Mestres. Son cuatro melodías deliciosas, sencillas, de hermoso sabor popular, que armonizan perfectamente con la letra, formando con ella un conjunto lleno de inspiración y de sentimiento. Véndense á 1'50 pesetas.

**L'HOLANDÉS ERRANT**, por *Xavier Viura* y *Antoni Ribera*. — La «Associació Wagneriana» de cuyas brillantes campañas musicales tantas veces nos hemos ocupado con el elogio merecido, ha publicado la traducción catalana de este libreto de Wagner, adaptada perfectamente á la música y acompañada de la exposición de temas y figuras musicales y de su correspondiente cuadro sinóptico. Es un trabajo hecho con cariño y conciencia extraordinarios, que permite llegar hasta el alma, por decirlo así, de la citada ópera y que honra á sus autores, los Sres. Viura y Ribera. Admirablemente impreso en Barcelona por Fidel Giró, se vende á dos pesetas.



Interior, cuadro de José Triadó

**ESCUELA NAVAL DE COMERCIO**, por *D. José Puigdollers y Maciá*. — NOTAS PEDAGÓGICAS Y PROYECTO DE UNA ESCUELA NAVAL DE COMERCIO, por *D. Juan Antonio Güell*. — En el primer Congreso Universitario Catalán, celebrado en Barcelona en 1903, presentó D. Juan Antonio Güell un proyecto de Escuela Naval de Comercio que encarnaba una nueva tendencia de la Pedagogía, y cuya realización contribuiría poderosamente al desarrollo de la riqueza española mediante el aumento de nuestras relaciones mercantiles con otros países. La prensa acogió la idea con entusiasmo y las Cortes llegaron á ocuparse de este importante asunto. El pensamiento fué singularmente acogido con entusiasmo por D. José Puigdollers y Maciá, propietario de la revista «Mercurio», el cual en unión del Sr. Güell y del director de dicha revista, D. Federico Kahola, trabajan activamente para que el proyecto se convierta pronto en realidad. Los folletos que motivan este suelto son la condensación de lo más fundamental del proyecto y dan perfecta idea de la forma en que éste se va á llevar á cabo. Así por la elevación de miras en que están inspirados, como por la manera de desenvolver el pensamiento, los trabajos de los Sres. Güell y Puigdollers (impresos en Barcelona en la tipografía «La Académica») merecen los más entusiastas elogios.

**REORGANIZACIÓN Y MEJORA DEL SERVICIO DE COMUNICACIONES**. — Interesante folleto en que con verdadero conocimiento de causa se señalan los defectos de que adolece la actual organización de los Correos y Telégrafos en España, y se indican los medios de mejorar, ampliar y reorganizar tan importante servicio sin aumento del presupuesto.

**GUÍA DE MADRID Y BARCELONA**. — La casa de fumistería y calderería Hijos de Preckler, de esta ciudad, ha publicado, para regalarla á sus favorecedores, esta guía que contiene varios interesantes datos de Madrid y Barcelona y algunos grabados que reproducen edificios notables de ambas capitales. Ha sido impresa en la tipo-litografía de J. Casamajó.

**EL CIEGO DE BUENAVISTA**, por *Antonio Domínguez* y *Juan Toral*. — Sainete lírico, de costumbres madrileñas, estrenado con excelente éxito en el teatro de la Zarzuela, de Madrid, en 1.º de julio último: está bien escrito y abunda en chistes de buena ley. Ha sido editado en Madrid por la Sociedad de Autores Españoles.

## Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,  
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.  
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.  
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á  
LAS SEÑORAS  
**EL ANIOL** DE LOS  
JORET-HONGUE  
CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

## GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.

Escribir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

## INFLUENZA RACHITIS ANEMIA VINO CLOROSIS

### AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

## ENFERMEDADES ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Escribir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

## ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

## PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE DUSSER, 1, rue J.-B. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIBÓN